

The book cover features a dark green background with a large, light-colored, torn-paper-style silhouette of a man and a woman embracing. The man is on the right, wearing a suit and tie, and the woman is on the left. The background is decorated with small, light-colored circular spots and stylized bird silhouettes. The title is printed in a serif font, with the author's name above it and the publisher's name at the bottom left.

Luis Mateo Díez
**GENTE QUE
CONOCÍ EN LOS
SUEÑOS**

Ilustraciones de
Mo Gutiérrez Serna

Nørdicalibros

GENTE QUE CONOCÍ EN LOS SUEÑOS

LUIS MATEO DÍEZ

Ilustraciones de Mo Gutiérrez Serna



*A Antonio Martínez Asensio,
en la complicidad y en la alegría. Siempre. Mo Gutiérrez Serna*

© Luis Mateo Díez, 2019

© De las ilustraciones: Mónica Gutiérrez Serna
Edición en ebook: mayo de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

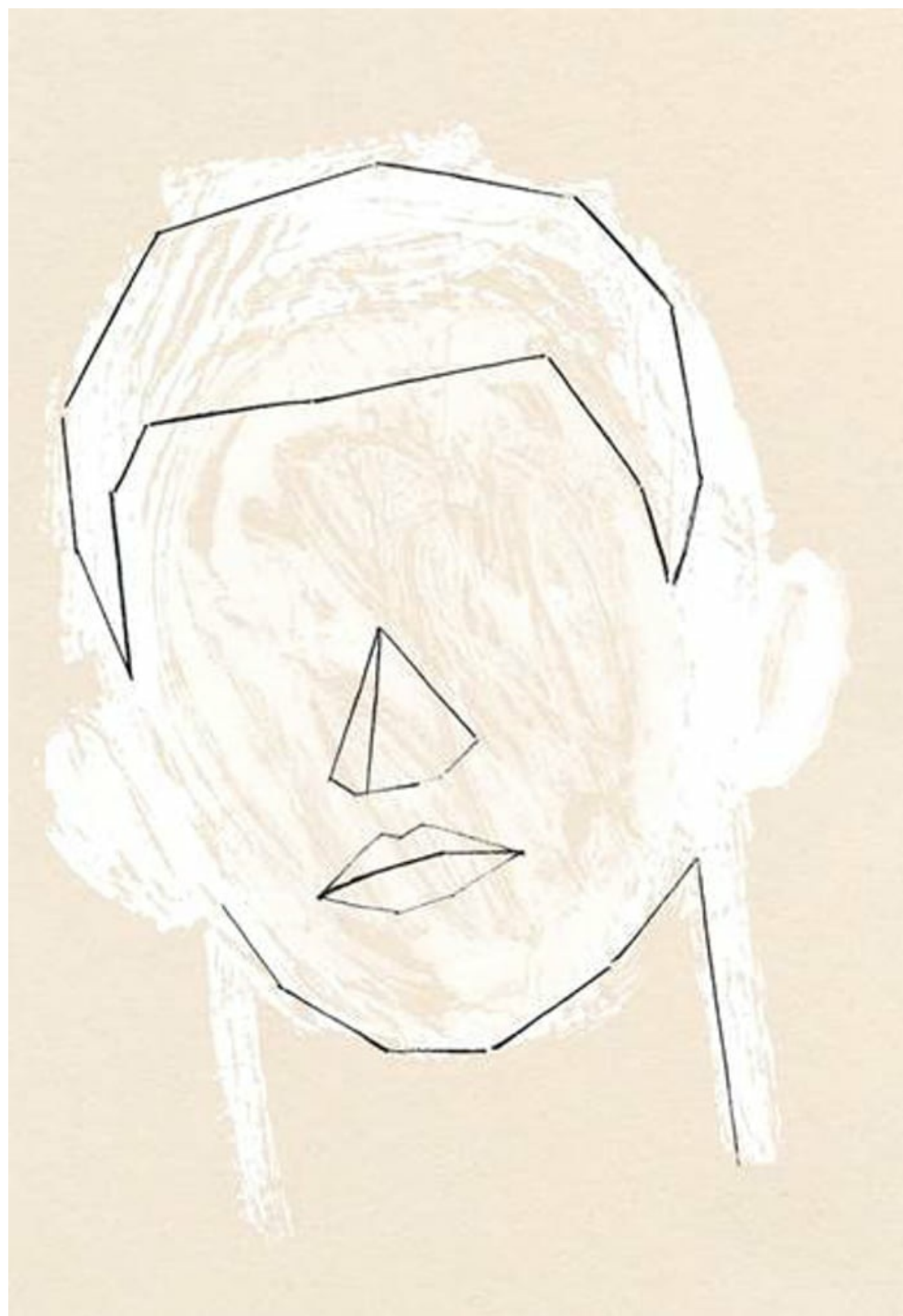
ISBN: 978-84-17651-67-1

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

I

LOS VIAJES FANTASMALES



1

Salía por las tardes, muy a última hora, cuando todavía no habían encendido las farolas pero estaban a punto de hacerlo.

En Broza la iluminación callejera sigue siendo tenue, como si la costumbre del ahorro de los tiempos precarios continuara viva, aunque la urbe ya no ofrezca aquella imagen desteñida de lo que fue una posguerra calamitosa y, sin haber llegado a la bonanza de otras Ciudades de Sombra que ya gastan en oropeles lo que podría ser un comedido ahorro del erario público, bien pudiera tener algún detalle para que a los vecinos se les suavizara el gesto sombrío con una mínima gratificación.

Aurelio Recuero no echaba en falta esas precariedades de la urbe donde llevaba viviendo tantos años. La totalidad del tiempo compensaba cualquier veleidad, y lo que pudiera recordar de un pasado que no tenía límite era parecido a lo que cada atardecer asumía en sus apariciones.

Cruzaba la primera esquina de la calle Celada, el adoquinado que subsistía bajo la pisada de tantas generaciones y, con igual resistencia a las ruedas de los carros y de los coches, al transporte de las mercancías y al de los pasajeros que, por una u otra necesidad, rodaban a las tareas diarias sin que dicho adoquinado hubiese sufrido otras dramáticas alteraciones que las de las escaramuzas de un amotinamiento o un episodio bélico.

No era Broza, en todo caso, una de las Ciudades de Sombra más castigadas por esos avatares.

Seguía resignada el decurso de las existencias rutinarias e indolentes de sus vecinos, tradicionalmente acogidos a una suerte de cansancio vital que apenas se descompensaba con las estaciones, sin que el invierno crudo los congelara o ardiesen en el verano.

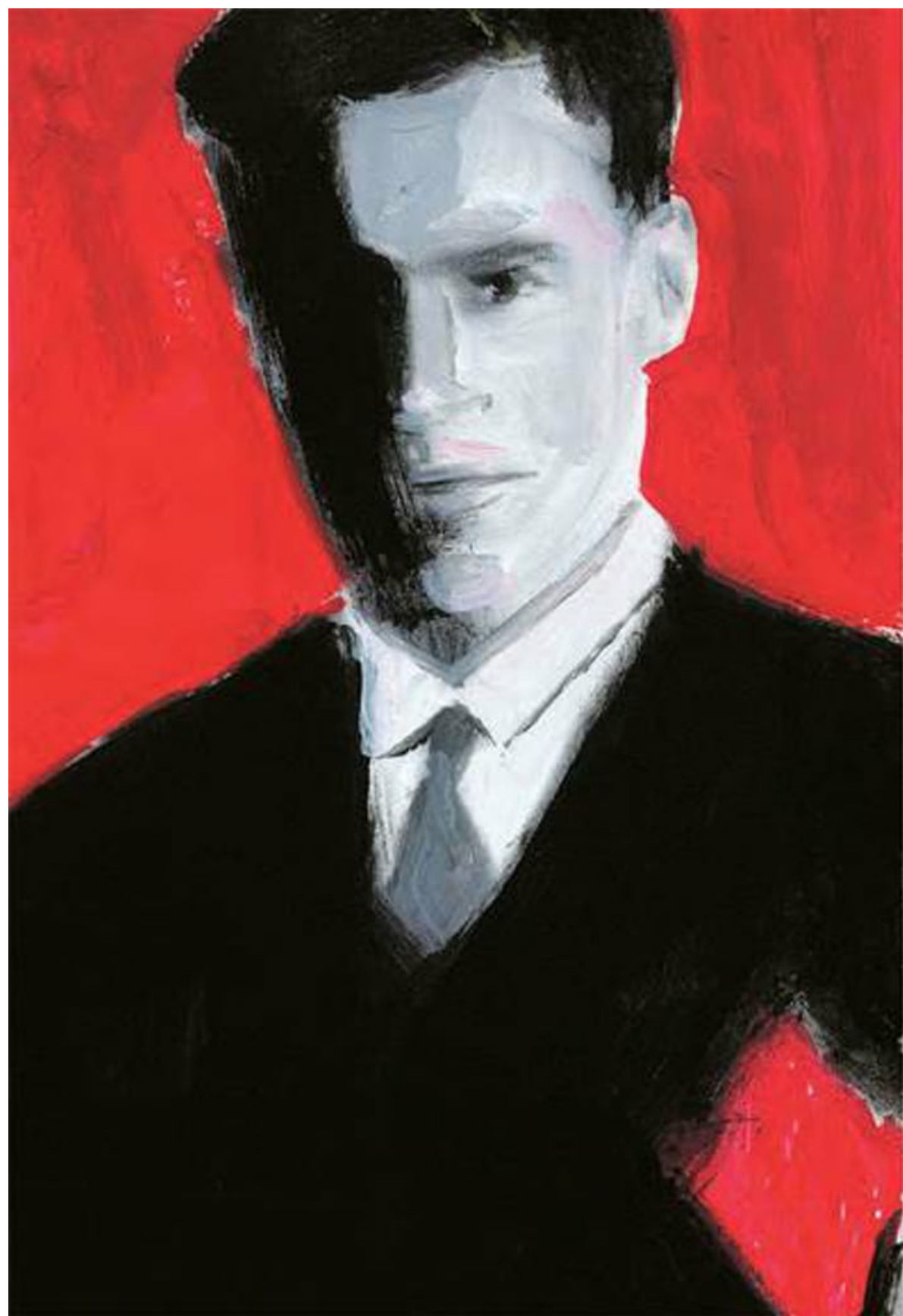
2

Lo que en Broza pudiera suceder, o hubiera sucedido desde tiempos inmemoriales, lo sabía mejor que nadie Aurelio Recuero, ya que, como él mismo confesaba, no era posible asomar a la calle todas las tardes, ir y venir sin que la inquietud amortiguara la curiosidad de ver y mirar lo que tantas veces sucede y, sin muchas complicaciones, perderse en las barras y mostradores de los establecimientos consabidos, unos y otros sin solución de continuidad, ya que todos quedaban a su alcance, aunque hubiesen cerrado y desaparecido o todavía no hubiesen abierto, según a la década que correspondieran.

Por las esquinas de Benarés y Valdivieso había malezas y la Broza de aquella lejanía era un erial en los barrios posteriores y, lo que resulta todavía más improbable, un campamento de guerreros invasores o una charca de ranas o el humedal de las aves migratorias, según los siglos que corriesen.

Los tiempos cruzados igual que las esquinas resultaban el mismo voy y vengo de las fantasmagorías y las ocurrencias, sin que nadie tuviera nada que opinar de lo que pudiera escucharse como una voz de ultratumba o del temblor del espíritu que palpitaba sin estorbos.

Era la misma voz que se iba con la corriente de aire cuando alguien abría la puerta, o se quedaba a media palabra cuando la cerraban de golpe.





3

Lo decía Aurelio Recuero en el Fanal, tres esquinas más tarde y cuando a la calle Cardenal Penuria le roban la cuarta y ya no hay quinta que valga.

—Aves de sutil pelaje, plumas multicolores, picos de oro y garras de esmeralda. Si queréis ver algunas de ellas venís conmigo y, antes de que levanten vuelo, os las enseño. Para otearlas hay que hacer de los siglos un pan como unas hostias, no son de hoy ni de mañana, pero el tiempo no se atiene a la pesquisa si la compañía es la necesaria. Los humedales son como poco del cuaternario.

A la clientela del Fanal no la cogía de sorpresa.

Los fulgores fantasmales de Aurelio Recuero siempre tenían una peculiar incidencia en las propuestas y las observaciones: quería quedar bien, enseñar cosas, demostrar lo que una vida ininterrumpida vale para el conocimiento y la memoria de las demás, cuando ni la decrepitud ni la extinción tienen, aunque no suene muy bien, velas en el entierro.

—Por Corco y Ampudia, al otro lado de los cavernales y las miserias, donde ni siquiera pudiera pensarse en una ciudad satélite o un empedrado de casas baratas. Lo que de la antigüedad puede mostrarse, cuando ya ni siquiera la misma tiene sentido. Solo los seres incorpóreos podemos ser guías en estos viajes sin dejar de ser bienaventurados.

4

Todo resultaba un juego de esquinas en la configuración de Aurelio Recuero, tanto en sus pensamientos como en las orografías, especialmente en las urbanas, con el mapa de Broza, y hasta sus callejeros, superpuesto en la indeterminación de los siglos que, con las fantasmagorías y las ocurrencias, se llenaba de contrastes y salpicaduras.

—El tiempo es el vecino de la eternidad, no otra cosa menos mensurable —decía cuando el espíritu se le aflojaba y hasta la clientela del Fanal se ponía nerviosa al verlo dubitativo.

—Vamos con la carta más alta, si la baraja sigue en su sitio, aunque las copas, como siempre, me las pone Labro en mi cuenta, a no ser que recele de un espíritu puro.

—Recelo de las cantidades —venía a decir Labro, que había traspasado el Fanal a un comerciante de Armenta, pero con la condición de quedarse con la misma encomienda en el establecimiento, lo que le permitía pagar deudas y seguir donde estaba, con iguales clientes y renovadas ilusiones.

—Lo que el Fanal fue antes, en la línea de los antecedentes, tirando hacia atrás sin encaramarse demasiado, nos llevaría a una cueva de Ali Babá, al cubil de una fiera que ya no tiene descendencia, pues se trata de una especie extinguida, o a la caverna propiamente dicha, y no precisamente la de Platón.

—Vuelas mucho, Recuero. El antecedente más lejano —informó Labro— es un bisabuelo escondido en las arpilleras cuando vinieron los franceses y se llevaron el copón de la Colegiata. El tiempo en que Broza tuvo la peor invasión.

—Voy a la prehistoria, viví de prestado cuando en la Edad del Bronce ni siquiera hacían machetes. Tuve una granja de mastodontes y preñé a una corza.

Las crías tenían por entonces iguales atribuciones fueran de la especie que fueran, y los apareamientos eran casuales. Tuvieron que pasar muchos milenios para que se impusieran la moralidad y la enseñanza primaria. Ese bisabuelo es de ayer mismo, yo casi hablo de la eternidad, si comparamos lo que el tiempo contiene.

5

A veces Aurelio Recuero daba miedo, otras aprensión y casi siempre molestia. En el Fanal ya estaban hasta el gorro de su petulancia, contando sin previo aviso lo que no era posible, aunque la fatuidad de sus atribuciones fantasmales le permitiera cualquier dislate.

—Se le aguanta por lo que impone —decía algún cliente abotargado—. Más por la causa que por el efecto, si tenemos en cuenta que el alma la malvendió.

Algunos días hablaba más que otros y era frecuente que hiciera ofertas para demostrar sus poderes y posiciones: visitas al más allá y al más acá, circunvoluciones por la Broza remota o navegaciones por el Nega, cuando el río primigenio era un torrente alborotado o el afluente de un mar menor que mantenía la superficie sobre los campos que acabarían aflorando en el ecosistema.

—Mares y desdichas, la placenta de la tierra, el universo constreñido, lo que ni los yacimientos arqueológicos vislumbran, con seres humanos todavía sin hacer, más monos que personas y todavía muy descerebrados.

—¿El viaje es gratis...? —quería saber alguno de los que todavía en el Fanal lo tomaban a broma, aunque la inquietud de su aparición a todos resultaba ingrata.

—Viniendo conmigo sale lo comido por lo servido. No hay tanto por ciento en las figuraciones de la imaginación, las quimeras se comparten, no se cobran, otra cosa es aceptar una copa, si la invitación se tercia. Cuando el tiempo ya no existe, tampoco puede haber agencias de viaje.





6

La ronda no llegaba muy lejos.

Del Fanal a la Consumición y al Retardo, entre las esquinas del barrio sucesivo, ya donde Broza no tenía solidez urbana, apenas las sirgas del Nega, los senderos del ejido y los últimos corrales.

Aurelio Recuero iba solo.

La compañía prometida jamás se decidía, nadie se animaba aunque, para algunos, las turbulencias del pasado, los siglos hechos añicos, los milenios que amontonaban la mugre de las civilizaciones, la curiosidad casi llegaba a estar por encima de la verosimilitud, y el propio encanto del disparate resultaba muy emotivo.

—Hay que hacerse a la idea, y como vengo casi todos los días se puede pensar la decisión y evitar el arrojito, no hace falta darse prisa. No se trata de la mera ilusión de los sentidos, aunque también se precise, ni de una vana figuración de la inteligencia, que tampoco es manca. Hay fundamento, y el que venga se resarce de la miseria humana que concita la realidad. No quiero poneros la cabeza como un bombo, tampoco existen riesgos mayores.

Le escuchaban sin demasiada atención, pero era la voz lo que más subyugaba a los oyentes en lo que llegaba a parecerse a una perorata informativa que, sin acabar de entender, no dejaba de interesarles y conturbarles.

—A un espíritu no hay razón para temerlo —decía Aurelio muy convencido— a no ser que se ponga estupendo y se sature. Las fantasmagorías están en el orden de lo que llevo viviendo, sin que un muerto se aparezca para asustar a los vivos pusilánimes. La aparición es la razón de mi existencia y soy un aparecido al que le gusta ir por Broza, por los sitios donde tomé las

últimas copas, ahora ya las mismas y con igual costumbre, las postreras, las de la eternidad y los inmortales.

7

Algo parecido podía escucharse cuando ya ni en la Consumición ni en el Retardo quedaban parroquianos, y por el ejido y los últimos corrales se agriaba la brisa que subía del río y despertaba a los pájaros que dormían en las choperas, no menos inquietos cuando los pasos fantasmales se acercaban o daban la vuelta, sin que algunos perros dejaran de ladrar asustados.





—Me voy con viento fresco —decía entonces Aurelio Recuero, ya sin ganas de apurar la última copa y sin que en la taberna se diluyera por completo el humo de su aureola, que en algunas ocasiones había creado confusión entre quienes le reían la gracia y apreciaban ese halo de una posible santidad, más propia de las personas buenas y cabales que de los espíritus puros rescatados de ultratumba e imbuidos de igual inocencia que falsedad.

La Broza del amanecer era la misma desde su fundación y su inexistencia, un residuo peninsular que en las estribaciones apenas simularía un grumo cartográfico, lo que el devenir hubiera arrasado sin que ya nada pudiera vislumbrarse, a no ser que en esos amaneceres morados estuvieran los fantasmas cubriendo el turno que les correspondiese, lo que en el caso de Aurelio Recuero no era nada improbable, ya que le gustaba aparecer lo más posible y, en la ronda, echar el cuarto a espadas y volver a casa con la sensación del deber cumplido.

8

—No hay modo de que te quedes donde tanto te gusta ir —solía reprocharle Belinda Suance, que estaba acostada y se daba la vuelta cuando el hombre cerraba las contraventanas para que la luz morada del amanecer no delatase las carnes disueltas y el espíritu desmayado.

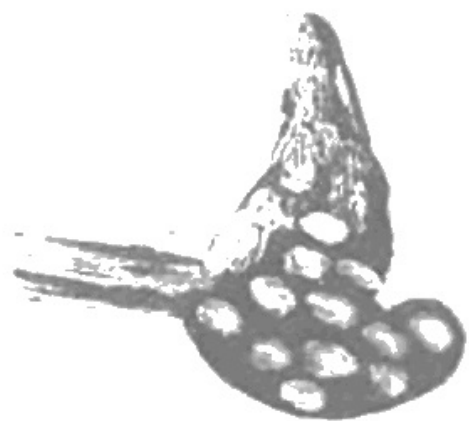
—No me entienden, no me acompañan. Unos se conturban, otros se aburren y los demás se hacen de rogar.

—Son ya demasiadas las correrías, tenías que recogerte, aunque en casa tampoco haces mucha falta. Y otra cosa te digo —remató Belinda Suance cuando ya el sueño la recuperaba—. Lo mismo cuando salgas que cuando entres, tienes que cerrar la puerta.

—No me acostumbré cuando vivíamos como una familia honrada, con hijos y obligaciones. Ahora no me lo pidas, no me queda ninguna motivación, tengo perdido el pleito de la existencia y el honor de haber sido alguien; ya ni entro ni salgo por la puerta, lo hago por las rendijas.

II

LOS CÍRCULOS DE LA CLAUSURA



1

La hermana Coralina vio a la hermana Columbaria agazapada a un lado del sagrario, en la penumbra del altar donde solo quedaba una vela encendida.

Antes de percatarse de que era ella, con la misma inquietud que en otras ocasiones, y cuando menos lo esperaba, la había descubierto; pensó en el pájaro que venía herido y buscaba un sitio donde guarecerse: el grajo más feo de los que volaban en el atardecer alrededor del campanario del Convento, o el pobre vencejo herido de muerte que en algunos de sus sueños se estrellaba en los ventanales del dormitorio, o una golondrina rezagada que hubiera hecho del invierno su perdición.

Las hermanas salían del coro tras los maitines.

Después de los rezos y los cantos formaban las filas recuperando el silencio que mantendrían durante toda la jornada, apenas alterado por las indicaciones laborales y las oraciones, o el requerimiento de la penitencia.

La hermana Coralina iba la última y podía contarlas, como si al hacerlo enumerara el orden de las oraciones y la reiteración de las jaculatorias que se compaginaban en las horas canónicas del oficio divino, el gesto de todas ellas con el mismo recogimiento y devoción.

Faltaba la hermana Columbaria y no parecía que ninguna se hubiese percatado; tampoco quedaba el hueco que el recuento denotaba, como si se tratase de una ausencia o una mera figuración de la que solo la hermana Coralina se hubiese percatado, igual que en el vuelo de la torre desaparecía un pájaro sin que repercutiera en la bandada, que surcaba sin inquietud el vacío del campanario.

El siseo de las filas se apaciguaba por el corredor, cuando las hermanas estrechaban lo que parecía un círculo penitenciario, la vuelta completa y

repetida que los reos podían dar en los patios, el único ejercicio al aire libre de su cautividad, y que las hermanas solventaban con menos prisas pero parecidas ataduras, cuando ya la nieve contrastaba con la blancura de las tocas, y el mismo frío que en la penitenciaría cercana helaba los patios, cuajaba el aliento, endurecía las sábanas y las mantas en las celdas y los tendederos.

Podían ser las horas menores que dejaba en el alma de las hermanas el tránsito intermedio de los rezos, lo que las mantenía con el aliento espiritual que marcaba las partes del oficio divino sin solución de continuidad, como un tiempo común que jalonaba la jornada en igual disposición y gracia, y podían ser las mismas en que los reos de la penitenciaría administraban sus horas bajas con un sentimiento abatido o las horas muertas en que no existía ocupación y provecho, nada que hacer, nada que pensar, ninguna cuenta que rendir más allá de la conciencia de sus delitos.

En esa conciencia de los habitantes de la penitenciaría había un transfondo de culpabilidad que en nada podía semejarse al brote redentor de la gracia en las hermanas, y que con el tiempo de la condena se fue diluyendo sin que apenas ellos se percatasen, como si el tiempo lograra escindir todas las deudas morales y sociales y en las paredes de la penitenciaría, al contrario que en los muros del claustro del Convento, quedaban huellas y avisos de las pasadas circunstancias penales, alguna queja, una seña dolosa.

2

La nieve colmaba el claustro de la Contrición en el Convento de las Hermanas Comanditarias, y en la Penitenciaría del Cejo, a unos tres kilómetros de distancia por los montes de Arbelo, apenas se posaba sobre el hormigón de los patios con las volutas de un hielo tizado.

Las filas de las hermanas alcanzaban la planta baja y poco a poco se iban deshaciendo para que se dirigieran a sus talleres y labores, mientras la nieve compadecía mejor que nada la soledad interior del convento, donde en la conciencia de las hermanas no quedaba otro resquicio del propio vacío espiritual que el de la piedad y la misericordia.

Los reos de la Penitenciaría del Cejo no se habían asomado todavía al patio, aguardaban en las celdas con el resentimiento de saberse preteridos, cuando ya el invierno los había diezmado y a la hora de solicitar un salvoconducto que les permitiera poner tierra de por medio escuchaban las mismas razones burocráticas que lo denegaban.

En sus conciencias se mantenía el poso de una expectativa engañosa, la tela de araña que tejía sus voluntades enfermas y una rara fe en el devenir de las condenas, nada parecido a la caridad de las hermanas o la esperanza de que para ellas crecerían los frutos de la gracia.

No había otros frutos comparables o equidistantes en los penitenciaris del Cejo, ninguna prebenda o donación de un bien, por modesto que fuese, que les hiciera levantar el ánimo: una concesión gratuita o la benevolencia que aliviara sus pensamientos y alguna vez rescatase de su desvalimiento el ilusorio perdón.

3

La hermana Coralina sentía con frecuencia el estremecimiento de un frío que le producía una palpitación mortal, casi siempre acompañada del temor que le causaba el descubrimiento de la hermana Columbaria cuando menos lo esperaba: agazapada a un lado del altar, apenas iluminado por la vela temblorosa, cuando desde la distancia del coro hacía borrosa su presencia, como un pájaro caído o escondido tras alguna persecución, o el grajo que la asustaba todas las tardes cuando, en el campanario, se acercaba más que ningún otro a la espadaña y, posado en ella, abría y cerraba las alas como si quisiera burlarse.

La hermana Columbaria también se burlaba.

La tenía tomada con ella. Era capaz de seguirla corriendo por los tránsitos, cuando el silencio imponía la norma más severa, y empujarla o desordenarle la toca y hasta, en alguna ocasión, ponerle la zancadilla, para verla caer y pisarle el escapulario.

—No lo sé, madre Conspicua... —se atrevió en una ocasión a comentarlo con la superiora—. Es una broma o es que yo no tengo la suficiente presencia de ánimo para tomarlo como debo, si hay que aceptar también la algarabía de las demás como una compensación, o con la modestia del reparo.

—Hablaré con la hermana Columbaria... —la tranquilizó la madre Conspicua, que no acababa de entender aquella reserva ni el sentido del incidente—. En cualquier caso siempre tiene que haber comprensión, si hay risas y alborozos, pero nunca pasarse de la raya. El temor de Dios no nos permite un divertimento imprudente.

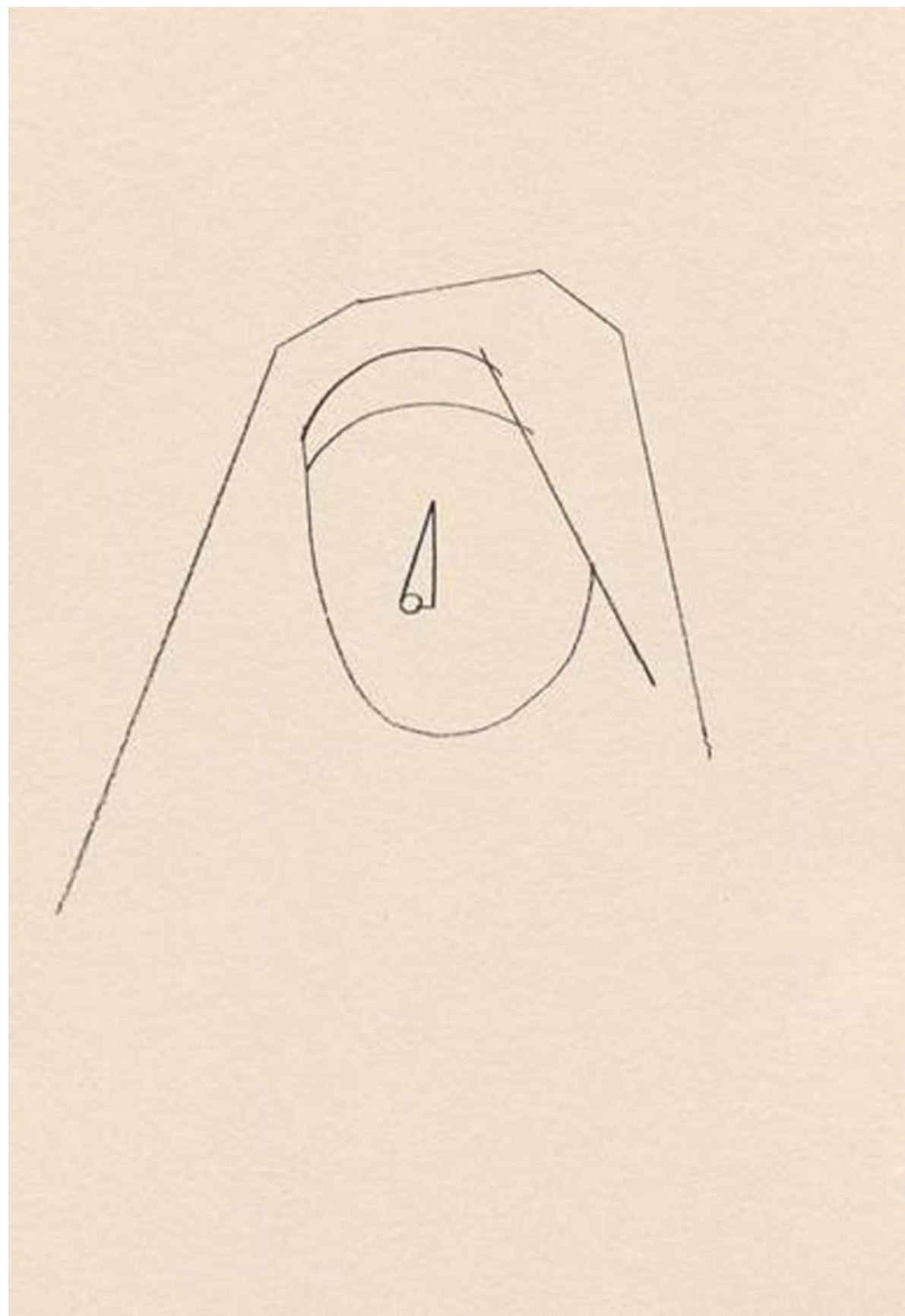
—No lo sé, madre... —convino la hermana Coralina, ya sin poder sentirse avergonzada—. Se me va la cabeza, me da coraje, me pongo nerviosa. Si dejara de temblar...

Sufría con el pensamiento de una acusación difícil de calcular, y administraba sin sosiego los temores producidos por las afrentas de la hermana Columbaria, si al fin, como fue considerando, de tales ofensas se trataba: unas acciones y requerimientos no ajenos a la burla y más gravosos de lo que podía soportar, si la cabeza no se le estaba yendo de verdad, y el coraje que a veces sentía, fuese fruto de su intransigencia y debilidad.

No quería recurrir al confesor, tampoco decir nada a las otras hermanas, e iba haciéndose a la idea de un pleito espiritual que debía dirimir en su interior, haciendo lo posible por que lo que sucedía no la perturbara, ni la hermana Columbaria la aguardase de nuevo, asomada al pie del altar, o entrara en la celda para despertarla diciéndole que era cierto el incendio que devoraba en el sueño el refectorio con la comunidad abrasada.

Una sombra que se le cruzaba veloz con la insolencia de quien la vino persiguiendo y no dejó de asustarla, cada vez con mayor insistencia, para que el temor cundiera en un miedo lleno de suspicacias fantasmales.

—Eres un pájaro frío —llegó a escuchar la hermana Coralina, cuando ya el sueño reverberaba en un amanecer desabrido, temblaban sus pies desnudos y el escapulario había desaparecido— y voy a dejarte expirar en la nieve sin que nadie se entere.





4

La hermana Columbaria desapareció de la vida de la hermana Coralina, y ese fue el momento en que sus pesares derivaron en otro tipo de inquietud, ya que lo mismo podría pensar que se hubiera ido del convento por decisión propia o con alguna encomienda.

No volvió a verla ni en el coro ni en capilla ni en los talleres o el huerto.

Los días pasaron sin que nadie comentara nada, y a ella tampoco se le ocurrió hacerlo, ya que ni siquiera en el caso de que la madre Conspicua le hubiese dicho algo, tenía sentido que no estuviera o no compareciese.

No fue exactamente alivio lo que sintió, pero sí un sosiego al pie de la sorpresa y, no tardando, la zozobra de seguir imaginando una amenaza, un susto o lo que en las oraciones suscitara la disipación que le hacía extraviarse en el rezo.

—El pájaro frío con la hiel y la ventisca.

5

La desaparición de la hermana Columbaria sucedió al mismo tiempo que la de tres reos en la Penitenciaría del Cejo, que dejaron de existir sin que nadie se percatara, aunque en los recuentos nocturnos nadie respondiese por ellos y ni siquiera en las celdas aledañas se dijese nada.

—El tiempo empeora y no hay indicio que lo componga... —decía el reo que al dejar de existir para que nadie le echara en falta y eso facilitara su desaparición, miraba entre las rejas sin otra confianza que la de divisar algún bicho herido, de los que se arrastraban por los parajes más recónditos de los montes de Arbelo.

—Buena gana tienes... —contestaba el otro, que mantenía cerrado el puño de la mano derecha para contener la sangre de la vena abierta, lo que indicaba un corte probablemente voluntario y una decisión parecida, ya que desaparecía con igual instinto de verse privado de la existencia y, con ello, lograr la vida fantasmal que tanto gustaba a los reos huidos, prioritariamente condenados a cadena perpetua y sin posibilidades de reducción de pena.

—Mejor un zorro que un lobo. De la guarida salen aullidos, pero por estos montes no hay gallineros. El zorro se las ve y se las desea. Tenemos menos probabilidades que ninguno de ellos.

El tercero no tenía salvación, ni siquiera huyendo, ya que la existencia la había perdido catorce años atrás, cuando lo trajeron al Cejo, en un traslado desde la Penitenciaría de Olencia, y logró suicidarse en la celda sin que pudiera descubrirse con qué lo había hecho, viviendo desde entonces como un penado que transformaba sus alucinaciones en mentiras exculpatorias y jugaba a las cartas con una baraja marcada, sin que quienes participaban en las partidas pudieran rechistar, ya que todos lo hacían amedrentados.

—Lo peor que tiene la vida es lo incómoda que resulta —solía decir

cuando barajaba— y el poco rendimiento que se la saca si se está encerrado. Nunca se muere del todo y no hay forma de evitar esa incomodidad.

6

Cuando en los maitines, la hermana Coralina descubrió de nuevo a la hermana Columbaria agazapada al pie del sagrario, no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos y, al volver a abrirlos, para que la mirada se hiciese más nítida y certera, tuvo la confusión de los pájaros que pudieran acompañarla en su escondite, como si la hermana Columbaria pudiese haber volado con ellos, o fuese ella misma un pájaro huido, el que más herido estuviese porque en lo que le había dicho a la madre Conspicua quedaba un poso de denuncia, el malestar de una reacción improcedente, lo que cualquiera de los reos de la cercana penitenciaría hubiese tomado por una delación que precisara de la correspondiente venganza.

—El delator muere con la espina de su cobardía clavada en la garganta... —confirmaba el reo que había servido una raspa de pescado al culpable, que apenas logró sujetar el cuello con ambas manos, antes de caer ahogado.

En las colaciones del Cejo era cuando mayores ajustes de cuentas se cometían, ya que los penados recibían alimentos cada cuarenta y ocho horas y era normal la ansiedad al consumirlos, de modo que el hambre facilitaba la coartada vindicativa, sin tener que hacer uso exclusivamente de sustancias venenosas, apenas facilitando las sofocaciones.

—Ya eres un alma en pena, ya tienes las horas contadas, el aviso de lo que te espera, el escarmiento que mereces... —llegaba a los oídos de la hermana Coralina y sentía un paralelo estremecimiento al de las alas del grajo en el campanario.

La voz que oía no tenía dueña.

Lo que la hermana Coralina escuchaba en el sueño provenía del tañido del campanario y era como un eco respaldado por el vuelo de la bandada, los pájaros arrecidos en la nieve.

—Esas almas andan por el monte, no tienen cobijo ni encarnadura, los bichos las huyen mientras nosotros nos desangramos... —repicaba el eco en la voz soñada, y existía una casi imposible correspondencia con lo que los penados del Cejo estuvieran comentando en su larga vigilia, cuando ya los guardianes no se ocupaban de ellos y sus palabras tenían parecido sentido al de sus manos agrietadas por la intemperie.

—Los aparecidos aguardan donde menos se los espera, siguen al tanto de la humillación y el miedo.

7

Fue la hermana Coralina la que descubrió, desde la esquina del corredor, cuando volvían del coro, el cuerpo estrellado en la misma nieve del patio, una mancha negra sobre la que revoloteaban los copos.

—Eres tú o soy yo, en cualquier caso la que cayó porque quiso o porque la empujaron... —creyó escuchar al seguir mirando el cuerpo estrellado en la nieve, sin atreverse a decir nada, a dar el aviso de lo que pudiera haber sucedido, tan demudada como inerte.

Sería su secreto. La misma revelación estaba en el sueño y alimentaba, sin que ella se hubiera dado cuenta, las zozobras que la iban consumiendo desde la desaparición de su enemiga.

—Eres tú o soy yo, una misma muerta y una misma muerte, nos hayamos caído o nos hayan empujado —volvía a escuchar, sin acabar de creer en sus propias palabras, aunque ahora la realidad del descubrimiento ya no tenía la vaguedad de otras ensoñaciones, de igual manera que en las palabras de los reos de la penitenciaría no era fácil dirimir lo verdadero de lo inventado, sabiendo que en los largos encierros, de los que todos los supervivientes eran deudores, la imaginación se contaminaba con los sucesos y en la memoria incierta de sus culpas y sus vicisitudes los sueños contribuían a desordenar todavía más sus cabezas y sus inclinaciones.

—La hiel que supuró la nieve, cuando el pájaro frío ya tenía las alas rotas.

8

Entre los reos de la penitenciaría, muy ajenos al Convento de la Solicitud, donde las hermanas comanditarias mantenían sus votos y su silencio sin que apenas ellos pudieran oír el eco de una campana, cuando el viento en contadas ocasiones lo traía, nadie sabía nada de lo que pudiera suceder, y por eso todo eran conjeturas o pensamientos extraviados en las suposiciones y en los sueños, aunque tampoco podía negarse esa comparable clausura en uno y otro caso, por muy distintos que resultaran los recintos interiores que habitaban.

Del mismo modo que pudiera establecerse alguna equivalencia entre la gracia como favor gratuito concedido por Dios para abonar el camino de la salvación, o la que se concediese a los reos como perdón o indulto que los librara de su atadura.

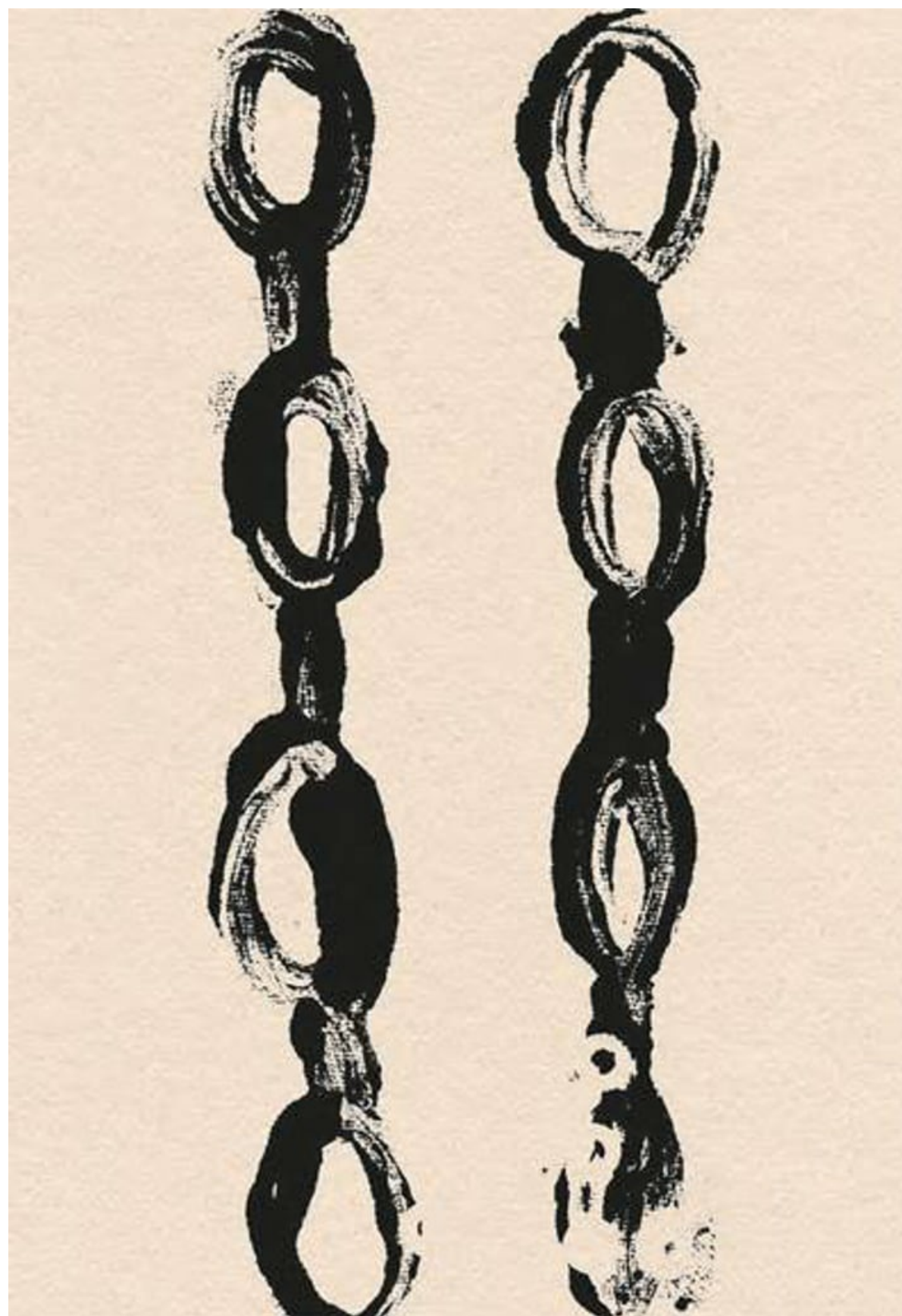
En cualquier caso, no había noticias del Convento y en los pocos comentarios sobre aquella vecindad que no despertaba mucho interés lo único que resaltaba era algo parecido a la idea común de una cautividad, tan distinta de la suya, tan difícil de entender y que algunos, sin mala intención, achacaban a la voluntad enfermiza de quienes aceptaban esa vida.

—No es que se queden para vestir santos o desamparadas y sin porvenir... —decía cualquiera de los reos—, es que enferman porque la vida no las alimenta y, al contrario de los que aquí estamos porque nos echaron el guante, buscan la reclusión y la conformidad para justificarse. El que no tiene otra razón que el delito para estar prisionero, no entiende las otras en las que no hace falta cometerlo. Esas monjas tampoco pueden, en algunos casos, superar el aborrecimiento del que tanto sabemos los aquí confinados.

En la penitenciaría las muertes inesperadas no variaban demasiado, una angina de pecho, un aneurisma, una sofocación cuyas causas a nadie interesaba indagar, ya que las dolencias pulmonares, al igual que las renales, estaban a la

orden del día, y entre las perturbaciones invernales, cuando las noches quebraban los cristales o el acero de las celdas se incrustaba en el cerebro de los reos sin redención, un suicidio sin huellas ni razones, y en seguida olvidado, o a lo más con lo que alguien cercano pudiera musitar como una bendición:

—Se había desgastado. No le quedaba resuello. Las intenciones estaban rotas. La última muda ya no quiso lavarla.





9

Tampoco en el Convento la muerte suponía una alteración más dramática de lo debido. No existían enfermedades diagnosticadas que se repitieran.

Las hermanas que se extinguían, o alguna madre pasada de años, de las que quedaban muy pocas, parecían hacerlo con una suerte de volatilidad que transformaba la expiración en un suspiro consuntivo, en el que el alma provocaba una congestión respiratoria.

—El espíritu que se apaciguó hasta secarse... —decían las que velaban a la enferma, cuando ya no abría los labios y las fosas nasales se contraían— No hay estertor ni estiramiento de los miembros y las cavidades. La plenitud del acabamiento es el vacío que llena de felicidad a la comunidad entera, la gracia que atesoramos.

En muy pocas ocasiones se producía una quiebra o un accidente, alguna vez una hermana se había caído por las escaleras, descalabrada y a punto de desnucarse, y en el fallecimiento sobrevolaba el cuerpo roto sin que el alma apareciera por ninguna parte, lo que hacía redoblar la penitencia e incrementaba un sentimiento de culpabilidad en el claustro.

Algunas otras muertes, menos consideradas, tenían que ver con episodios histéricos y deterioros de la salud mental, en muchas ocasiones determinados por la reclusión que evitara los desatinos, y siempre considerados con la indulgencia que amparaba la pobreza de espíritu, como si en esas contusiones del ánimo se expresaran mejor que en cualesquiera otras las deprecaciones con que se solicitaba a Dios una gracia.

—Los votos no se pierden ni se desorientan, por mucho que la cabeza se desmorone y en la voluntad no haya tregua. El estado religioso tiene los prometimientos consabidos... —recordaba cualquiera de las madres comanditarias, cuando ya las mentes enfermas desaguaban en el vertedero de

las últimas conmociones, agotadas y a punto de extinguirse, y en la pobreza, la castidad y la obediencia volvía a conformarse lo que el extravío final apenas permitía.

10

El cuerpo sin vida de la hermana Columbaria siguió tendido en la nieve como un crespón deformado por la caída.

Lo sobrevolaron los pájaros que entre los copos batían las alas para amedrentar a la hermana Coralina en sus sueños, que no dijo nada de lo que en su mente y en su conciencia suponía aquel hallazgo, tras tanto tiempo sin ver a la hermana y sin padecer sus burlas, hasta que de nuevo, en aquellos maitines, la descubrió agazapada al lado del sagrario.

Tuvo la intención de bajar al patio.

No necesitaba comprobar que era ella, sabía lo que había sucedido, y hasta escuchaba su voz acusatoria alentando la delación.

—Te pasarán la cuenta los pájaros que vuelan comprimidos. Algo les queda en los picos y en las alas de la sangre derramada al romperme la crisma. Se posan encima, me sorben las sienes y las encías.

La hiel en la nieve, un pensamiento de infinita culpa y amargura.

11

Los tres reos que se fugaron de la Penitenciaría del Cejo, en aquel invierno que antecedió al cierre de la misma, cuando ya la mayoría de las celdas estaban vacías y apenas quedaban guardias, de tal modo que la penitenciaría era una mole de cemento armado que se iba hundiendo por la mala calidad de los materiales y el cálculo errado de la cimentación, se quedaron por los montes de Arbelo, sin que nadie diera cuenta de su desaparición, ni constaran en los recuentos, que ni siquiera se hacían en los últimos meses.

—La disciplina no se relajó, se prescindió de ella. Los presos ya no tenían presencia de ánimo, y hasta les costaba comer el rancho. A los que no quisieron irse, cuando se cerró el establecimiento se les respetó el macuto y las mantas cuarteleras, permitiéndoles una última fumigación.

No eran huidos.

Se habían extinguido poco antes de poner pies en polvorosa, ya hacía mucho tiempo que no disponían de una existencia reglamentaria, y en lo que el destino supusiera como circunstancia favorable o adversa para cada uno de ellos no habría especial contradicción, ya las circunstancias habían dejado de ser accidentes unidos a la sustancia de lo que pudiera pasarles, y en la irrealdad de sus destinos no quedaba ninguna causa por resolver.

La condena de cada uno de ellos sumaba los años que tenían los hijos de sus familias numerosas, y aunque no tenían delitos de sangre sí los tenían de vejaciones y mofas, además de atracos y robos de coches de punto y locomotoras.

En los montes de Arbelo hicieron la vida de los anacoretas, aunque el invierno no tenía fin y con los lobos y los zorros comenzaron a tener serios problemas, pues la jauría se alimentaba de las basuras del Cejo y, cerrada la penitenciaría, se habían quedado a verlas venir.

—Las fieras del bosque... —dijo uno de ellos en la declaración del cuartelillo de Eritrea, donde el comandante del puesto tenía la sensación de escuchar a un muerto, cuando los rescataron congelados en la última escotadura— son más vengativas que taimadas, y al ser humano ni lo respetan ni lo devoran, simplemente lo acorralan y lo acojonan. La vida que nos dieron no es para contarla, por mucho que al vernos congelados se acercaran a lamernos las partes, pues ya estábamos desnudos.

12

Coralina se fue del Convento de la Solicitud sin decir nada a nadie.

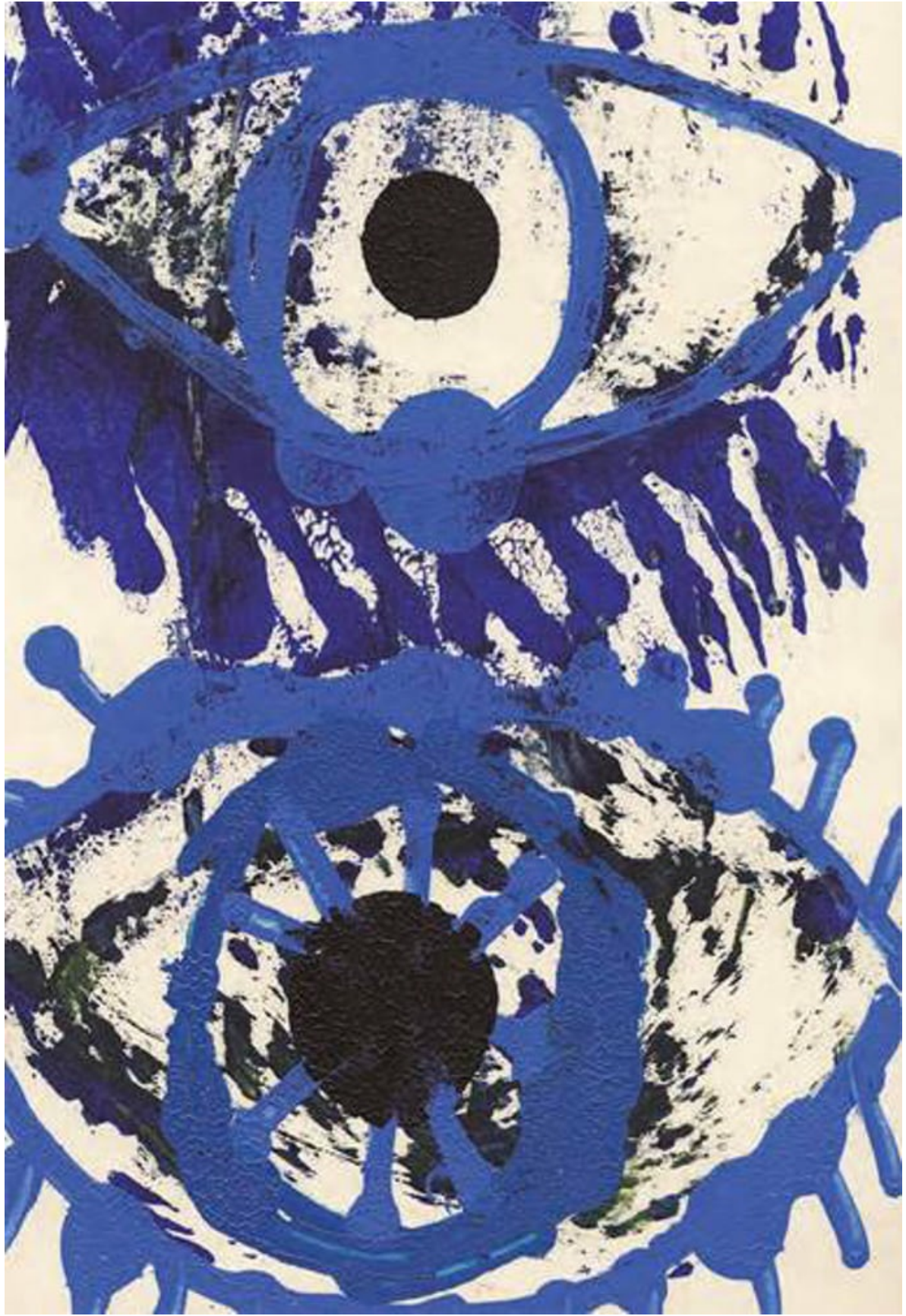
También el Convento iba a cerrar porque no había novicias disponibles y en la Orden de las comanditarias había cundido el pánico al saber que aquel destino en los montes de Arbelo suponía una suerte de destierro entre las inclemencias y los depauperios.

—La vida espiritual no está garantizada y, entre las labores y las penitencias, hay más amonestaciones que triduos. Las últimas hermanas llevan gorras en vez de tocas, y los pájaros del campanario fueron el sustento de la última Cuaresma, con las plumas pintadas y perejil en el pico.

El tiempo no tenía consistencia en el soporte espiritual de una monja huida, ya que lejos del Convento las horas no estaban determinadas por las oraciones y las labores, aunque la hermana Coralina intentó no perder el asidero de un comportamiento religioso.

Por los montes anduvo sin tregua, con la suerte de que el invierno ya estaba acabado y la primavera que llegaba tenía añiles y coloraciones luminosas.

Cuando alcanzó las estribaciones de Arbelo ya no vestía el hábito y solo conservaba el escapulario, que tantas veces le había pisado la hermana Columbaria y que debió reponer tras el despojo sufrido en aquel sueño, en el que por primera vez padeció una fisura en la pureza de sus votos y supo que la humedad padecida en el despertar era como una traición a su virginidad, lo que reforzó la decisión de la huida.





Encontró caridad y refugio en los pueblos de la comarca del Pando, donde las gentes vivían del cereal y el silencio, lo que las emparentaba con las comunidades que en el secano ni desperdiciaban las palabras ni echaban un grano en falta, prevalecidas de una mentalidad ahorrativa, que para muchos forasteros no dejaba de ser una actitud roñosa, por mucho que la caridad fuese una virtud cristiana opuesta a la envidia y a la animadversión.

De pueblo en pueblo la hermana Coralina fue destejiendo lo que ya parecía una existencia espuria, como si el discurrir de las jornadas ya no residiese en la necesidad de seguir viviendo sino de vegetar en lo que ella había percibido, antes de hacer los votos, como una emulación de la nada más absoluta que, en el estado religioso, no sería otra cosa que el vacío sagrado con el que el Señor premia a los fieles más prolectos, aquellos que nada piden porque nada quieren y se conforman con unas sandalias y un mandil.

13

Fue en el cuartelillo de Eritrea donde los reos de la Penitenciaría del Cejo acabaron pasando a mejor vida después de declarar con un grado de congelación que los esquilmbaba, a pesar de que la estufa del cuartelillo estaba bien alimentada y les habían proveído de buenas mantas, donde la hermana Coralina confesó, sin siquiera ser requerida a una declaración, ya que contra ella no había sospechas, ni el comandante del puesto tenía la menor gana de escuchar a nadie, dadas su congénita sordera y las malas pulgas que se gastaba.

Los reos del Cejo prefirieron unificar la declaración antes de pasar a mejor vida, dejando aparte la circunstancia, ahora sí mejor conformada como calidad o requisito, de haber dejado de existir en situaciones variadas cada uno de ellos y, en los tres casos, por decisión propia, al no haber recibido la gracia esperada de su indulto o perdón, pero manteniendo la pretensión de obtener los frutos de esa otra gracia que suponría el favor sobrenatural y gratuito para que Dios los recibiera en el camino de la salvación.

—Es una gracia —dijo el más avisado de ellos, el que se suicidó en la celda cuando lo trasladaron de la Penitenciaría de Olencia a la del Cejo, sin que en la celda hubiera rastro de objeto alguno para consumir tal despropósito, ni al registrarlo encontraran los guardias otra cosa que unos puñados de arena en las botas y una petaca y un librillo en los bolsillos del pantalón, además de un preservativo usado y un peine, migas de pan y piedras preciosas— que nos gustaría alcanzar para que finalmente quedara transcendida esta derrota humana que no presenta opciones de expiación, ya que la maldad de la que somos deudores tampoco presenta opciones de arrepentimiento y en las conclusiones a que pudieron llegar los jueces que decidieron nuestras condenas, en las sentencias pertinentes que no admitían

recursos, ni había piedad, ni se tomaba en consideración el estado de necesidad en que pudimos hallarnos al cometer los delitos, lo que redoblaba la mala conciencia, el dolo dañoso, nuestra misma pobreza de espíritu.

—Nada que añadir —dijo el segundo reo, tras mostrar su acuerdo con lo declarado por el suicida—, a no ser la súplica de que se haga lo posible para que mi familia no se entere de esta penalidad que tanto me avergüenza, ya que de una familia estructurada y numerosa se trata, y en nada la beneficiaría la catadura de un vástago de mis características y aplomo.

—Me sumo a lo declarado —asintió el otro reo, muy remiso— haya o no gracia y seamos o no seamos los prófugos del Cejo que menos tienen que perder y menos también que ganar, sabiendo como sabemos que al espíritu le sobra lo que la razón no entiende, y que lo que tenemos lo hemos repartido a partes iguales.

14

La hermana Coralina escuchó conmovida a los reos huidos de la Penitenciaría del Cejo, y su ánimo se elevó para hacer la confesión que no se habría atrevido a hacer a la comunidad comanditaria del Convento de la Solicitud, donde sus votos habían sido ruegos y deprecaciones para pedir a Dios la gracia y, a la vez, prometimientos del estado religioso que comprometían sus íntimas capitulaciones.

—Confieso —dijo con los brazos en cruz, sin quitarse la gorra con que finalmente las hermanas habían sustituido a las tocas, cuando se anunció el cierre del Convento— que en la Solicitud tuve malos pensamientos y peores ideas, siendo perseguida con saña por la hermana Columbaria, que tenía la cabeza a pájaros y las cartas de la baraja marcadas cuando jugábamos al tresillo. Confieso que la empujé en el corredor, cayó de cabeza al patio, sin que ninguna tuviera tiempo de santiguarse. Puede decirse que murió en el acto, sin que en la nieve donde estaba estrellada quedase la mínima huella de sangre. La nieve la enterró y así la vimos desaparecida sin que nadie rechistara, y aunque revolotearan desairados los pájaros en el campanario. No busco exculparme, bien muerta está. De sus burlas me recato. En sus votos orino. La penitencia es una huella bastarda. En las virtudes hay mucho que cortar. La expiación se vende en los atrios y en los portales. Por un quítame allá esas pajas hubo peores calamidades, las guerras púnicas sin ir más lejos. No hay culpa donde no hay vergüenza. Hay gente para todo, a los menos conocidos es a los que más respeto, y muy especialmente a los hermanos que en el Cejo se cortaron las venas y a los tres que aquí he visto dejados de la mano de Dios. Con su sangre vivificaron el orden numeroso de los montes y las cañadas. Fueron fugitivos congelados y algunos bichos ruines no entendieron su sacrificio ni respetaron sus partes. Me acojo a la santidad que

propagan y al beneficio de la duda. Díganme ahora dónde tengo que firmar la confesión, pero antes déjenme ir al baño, la cistitis está en la cuenta de las hermanas comanditarias y seguiré dentro de la orden hasta que todos los círculos se hayan cerrado.

III

LOS MUERTOS ESCONDIDOS



1

Nadie sabía nada de Lamberto.

Se lo llevaron los años, decía Malvina cuando la tía Eudosia mentaba su nombre desde el más allá de su cabeza anegada, y eran los años igual que las corrientes del Margo o las vicisitudes del calendario de ánimas, donde cada día tenía su relato y, en el cómputo de todos, quedaban muchas vidas y ejemplaridades.

Era el niño escondido. De los hermanos, el único que tuvo esa inclinación que, como recordaba Malvina, dio muchos disgustos y quebraderos de cabeza a la familia, además de las correspondientes alarmas que más de una vez pusieron patas arriba al barrio entero de la Encina, cuando el vecindario ya estaba avisado de que, una vez más, en la casa de los Moralos se producía otro desaguisado.

Nada de nada.

Nadie que pueda acordarse o, por lo menos, decir que, si los años se le echaron encima y lo llevaron como las corrientes del Margo hacen con los ahogados, es que el tiempo tuvo con él un destino parecido al de la perdición de tantas cosas.

2

Yo no miro la orilla del río como una boba, dijo Malvina, que ya nos estaba poniendo nerviosos a quienes apostados en la barra del Bar Cordial, que ella regentaba sin que su tía Eudosia pudiese ya echarle una mano en nada, sentíamos que se nos caía la cara de vergüenza al ver las moscas en la comisura de los vasos y una lágrima de carbonilla que resbalaba por el cristal de la ventana. La verdad es que Malvina nos parecía un tanto taimada.

Lo miro por el mismo vicio que se puede prestar a la atención de un cliente desconocido. El vicio de servir como se debe. La atención que da crédito a cualquier establecimiento que se precie. No me quedo pasmada, ni tampoco me altero. La orilla es un recurso para estarme quieta. La miro y estoy entretenida, sin que el agua sea otra cosa que el discurrir de las cosas pasajeras, un gusto o una motivación. Yo nunca estuve en el más allá y, sin embargo, lo siento cerca, pero es hablar por hablar.

Lo que queda de Lamberto, el hueco o la estatura, a nadie le interesa, y menos que a nadie a los hermanos que lo padecieron cuando de niño se escondía, dijo a un lado de la barra Gamero, que siempre tenía una cerilla encendida en la mano sin que nunca llegara a acercarla al cigarrillo que sostenía en los labios. Si se escondió para siempre, con los años a cuestas o las corrientes fluviales que lo llevaran, fue la mejor solución, tanto para la familia como para el barrio, donde no hay vecino que no tenga una cuenta pendiente con él y con los suyos, aunque también sea verdad que a Lamberto todos le debemos algunas buenas conversaciones.

Las mejores, añadió Malvina y todos los presentes hicimos el gesto de irnos sin que las moscas se movieran en la comisura de los vasos, avergonzados de aquellos insectos que infectaban el vidrio y nos hacían recelar a la hora de empujar el codo, sabiendo que en el Bar Cordial jamás

entraban clientes desconocidos y no había especial aprecio para los habituales ni el mínimo vicio de servir como se debe.





3

Era la tía Eudosia, con la cabeza anegada y un delantal que conservaba de su juventud de fámula por los vecindarios limítrofes, quien mejor podía recordar a Lamberto que, entre todos los hermanos, cuando la infancia los tenía más desasistidos que a los otros niños del barrio, era el que menos miedo daba, aunque ya tuviera la manía de hacerse el encontradizo. Tampoco le importaba simular un cadáver.

Lo recordaba en la nube de sus pensamientos opacos. Sabía lo que había sido y las preocupaciones que causaba. Tenía que aguantarlo cuando una y otra tarde, al volver de sus labores en las casas que servía, Lamberto la esperaba a la vuelta de la esquina del Cedero o en las Postales, con los morros sucios, los remiendos sueltos y el dolor inguinal de la hernia salida.

El mejor escondite son las faldas de quien te echa una mano, si es que te ves tan necesitado o con el desamparo que dan la desconfianza y el menosprecio.

Cuando andas a la que salta es que no tienes quien te atienda o, en el peor de los casos, quien te recoja.

En la tentación de los abandonados no hay otro pecado que la herencia; los dejaron sueltos y solos porque era la manera de perderlos de vista, herederos de ninguna fortuna.

Lo que la tía Eudosia pudiera pensar no tiene cabida en ninguna parte.

El pensamiento se le fue borrando hasta que la cabeza anegada hizo aguas, pero eso no evita que Lamberto quedara flotando en los recuerdos del arrapiezo que la aguardaba y fuera un buen rato delante de ella, por las casillas del Bazar o los Tendederos, sin que los pasos tuvieran seguridad alguna, o detrás de ella por cualquiera de las otras rúas del barrio de la

Encina, arrastrando un pie torcido y sujetando con la mano la hernia salida.

4

Este niño lleva las de perder, solo hay que verlo.

No hay comparación posible con los otros hermanos, todos amontonados en el mismo carro y con iguales convalecencias pero a buen recaudo, ya que ellos se las apañan mejor.

A los padres no hay por donde cogerlos, parece mentira que con tantos hijos en casa vayan y vengan sin tenerlos en cuenta, saliendo y entrando a deshora, cuando les da la gana y sin atenderlos, una juraría que ni siquiera saben sus nombres o distinguirlos por edades.

¿Quién recogerá a esos seres humanos cuando no tengan adónde ir, sean alevines o hayan crecido...?

5

En el barrio no era solo la tía Eudosia la que hacía el recuento de aquellos hijos descabalados y, cuando ya con la cabeza anegada, mentaba a Lamberto como a cualquiera de los objetos desaparecidos en las habitaciones de su casa, no era como un hallazgo en el recuerdo, se trataba de una percepción borrosa que volvía a caminar delante o detrás de ella y que en algún momento entre el Cedero y las casillas se le arrimaba con los morros todavía más sucios, con la mano derecha temblándole para que ella se la cogiera y la izquierda apretando más fuerte la hernia inguinal.

Hay que recordar que esa hernia, impropia de un niño que no estuviera malnutrido, decía Gamero con la última cerilla a punto de encender el cigarrillo, sin que ya nadie tuviera ganas de hablar de Lamberto y en la barra del Cordial quedaran dos parroquianos que harían la guardia como los reclutas de la Remonta, más absortos que vigilantes en las garitas, era una hernia ya estrangulada con el niño en la cuna, sin que el esmirriado hiciera otra cosa que llorar y el llanto fuera la causa de la estrangulación.

En la mano de la tía Eudosia los dedos de Lamberto se contraían hasta hacerse más diminutos. Ella acomodaba el paso a la molestia del niño y no tardaba en detenerse para en seguida acercarlo al bordillo de la acera e inclinarse para ayudarlo a que se sentara.

¿Te duele o te tira?, preguntaba la tía Eudosia, que con el movimiento dislocado de la cabeza no hacía otra cosa que apurar el giro de todos los objetos y pensamientos sin otro orden que el de las fantasmagorías que turbaban el entendimiento y la memoria, cuando ya el entendimiento estaba anegado y de la memoria restaba el líquido que no acababa de desaparecer en el desagüe.

Lamberto se tumbaba y ella le bajaba los pantalones, le sujetaba las

piernas para que no se moviese y le ayudaba a presionar la hernia para que poco a poco se redujera o, como sentía Lamberto con el alivio, volviera a entrar lo que en la ingle se había salido y ya no le molestara el bulto y pudiera respirar tranquilo.





6

Eso había pasado y ahora vuelto a pasar y ese era el motivo de la desaparición de Lamberto, y la única que podía contarlo, aunque siempre se callaba, era la tía Eudosia, a quien el niño escondido se le había ido de las manos, al tiempo que la hernia se desinflaba, y al hombre ya hecho y derecho le había pasado lo mismo, aunque ya la hernia parecía algo más que una protuberancia inguinal.

Cuando la tía Eudosia iba a palparla, cuando se percataba de que ya estaba saliéndose, el propio Lamberto sentía que en la cercanía de los genitales se estaba produciendo una transformación que lo privaría de la culminación de cualquier deseo, como si la lujuria pudiese reventar con la misma fuerza de la protrusión que lo degradaba o, en cualquier caso, haciendo vana la erección y explotando la hernia como uno de los globos de las ferias de su infancia.

7

No volverían a verle.

La muerte, natural y onerosa, no dejaba lugar a dudas, aunque lo que la tía Eudosia pudiera sugerir, más allá de las penalidades de la protrusión y los aspavientos que el herniado hiciera al clamar por su intestino, tuviese que ver con otras inclinaciones morales o privaciones de un ser demediado.

De lo que fuera de Lamberto, de su paradero, no había noticias.

Al muerto según convenga, y la tía Eudosia sabía de eso más que nadie, ya que lo había socorrido de niño y le había echado una mano cuando en la familia nadie lo miraba, se le lleva o se le trae para evitar murmullos y murmuraciones, es fácil que se avenga a lo más apropiado.

Si el niño estaba escondido no iba a ser menos el muerto.

8

Lo veo cualquier noche, o imagino verlo, decía Gamero pisando la colilla y con tres copas de más. Es él o no lo es, me da lo mismo, el sueño no va a quitármelo. Está sentado donde las vigas, a la vuelta misma de los maceteros, otras veces se acuesta, no se sienta, pero sigue quieto. Le doy las buenas noches y desaparece en vez de contestarme. Se esconde de sí mismo y, si hay que hacer caso a la tía Eudosia, se mete la hernia con igual pericia con que yo me la meneo.

Es un ser perdido, es verdad, y da miedo que siga por las calles como si el más allá se le quedara corto. Todos le tuvimos el respeto que nos mereció, y él debiera tenérselo también a sí mismo para que no haga falta seguir hablando. De que la hernia lo matara, no hay aviso, y lo que escuchamos sobre esa eventualidad pudiera compararse con una inflamación de los ganglios, advertidos como todos estamos de lo delicados que son los vasos linfáticos.

Nadie decía nada más.

Todos imbuidos de la idea de que Lamberto también escondía la muerte, aunque la hernia, por muy estrangulada que estuviese no fuera razón suficiente para matarle, y más teniendo en cuenta la cantidad de herniados que acudían al Bar Cordial, unos confesando lo que les pasaba y otros disimulando, acaso avergonzados de la risa floja que les producía la entrepierna.

9

Esa misma idea de que Lamberto también escondía la muerte, se relacionaba con el pensamiento, muy propio de los parroquianos, que podían contabilizar el recuerdo de las desgracias sobrevenidas al pie de la barra del bar, cuando más de cuatro y no menos de cinco habían dado con la cabeza en el suelo, derrumbados o derramados, según la consideración de la tía Eudosa, que guardaba un frasquito de agua bendita en el refajo y procedía a los arpegios, sin otra intención que la de certificar las muertes súbitas, antes de que el forense viniera a cualificarlas.

En cualquier caso, decía Malvina al cerrar el Cordial, poco después de que la tía Eudosa se hubiese ido para la cama, lo que más hay en el mundo es mortalidad, y no conviene desaprovecharla.

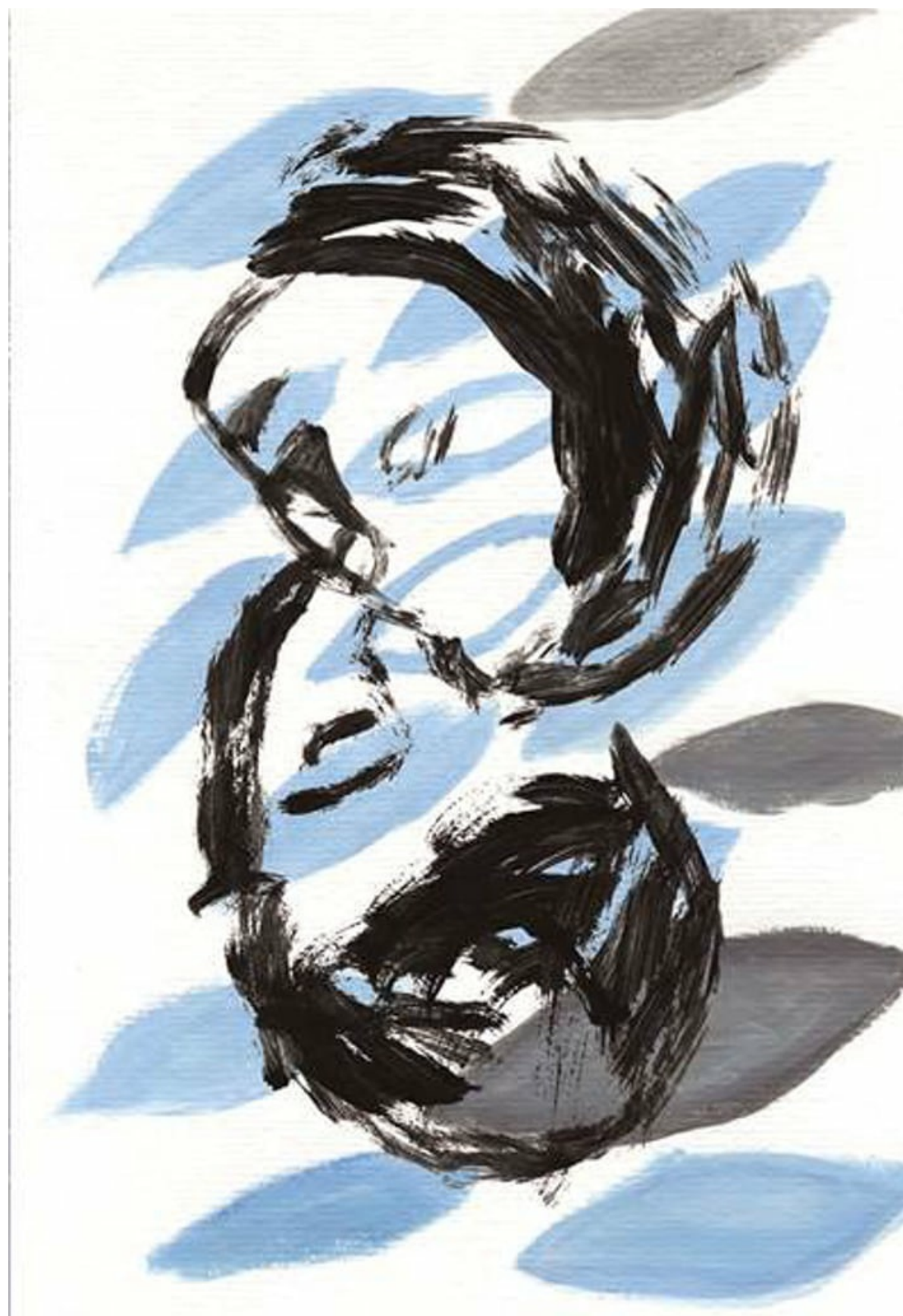
Subía sin prisas las escaleras .

Iba apagando las luces, se acordaba de haber dejado la escoba en el peor sitio para volver a encontrarla y a veces volvía a bajarlas urgida por la preocupación de que quedara abierto el grifo del mostrador.

En su alcoba no encendía la luz.

Se desnudaba y se acostaba en el lecho matrimonial en el que, después de haberlo intentado tantas veces y de todas las maneras posibles, no había logrado engendrar el hijo que pudiera quedarse con el bar cuando ella se fuese.





Su matrimonio había sido corto y mal avenido.

Ponte para un lado, Lamberto, decía después, al darse la vuelta, sin muchas ganas de sentir al que parecía un muerto irresoluto que no acababa de complacerla y en el que no hubiese reparado si no fuese porque siempre tiritaba.

Estoy desarmado, sin chicha ni bazo, musitaba Lamberto, que llevaba una existencia depauperada, sin que sus días y sus noches multiplicaran el deseo de un escondite donde la condición de herniado no conllevara tan grave frustración, como si el hecho de desaparecer se correspondiera con la penalidad de un hombre impotente y, a la vez, insustancial.

A Malvina no le disgustaba la situación, tampoco se había resignado por completo.

Los años apaciguaban sus pretensiones, los deseos se derretían entre los sueños que la compañía de Lamberto propiciaban, y el secreto de sus noches tenía una correspondencia agradecida en lo que escuchaba tras la barra del bar, sabiendo que el muerto estaba escondido en el armario o debajo de la cama, y que era suyo entre la inmensa mortandad de tantos seres enterrados vivos.

IV

LAS AMISTADES DEL DIABLO



1

Calvero se casó con Veridia y fue en la misma noche de bodas, en el Hotel Corsario de Ofema, cuando comprobó que las persecuciones multiplicadas en la última parte del noviazgo se correspondían con la aprensión de un amor engañoso, pues aunque ella no parecía enterarse de nada, entregada en sus brazos, él constataba que alguien le iba suplantando hasta que en el desvanecimiento, perdido el control, la perdía a ella, se le iba de las manos como en un secuestro o una despedida.

—No es fácil entender lo que cuentas... —le dijo Sauro cuando, tres meses atrás, quiso Calvero confesar parte de las zozobras al amigo que siempre estuvo a su lado, desde la adolescencia que tanto les unió en los momentos de desconcierto, cuando la vida les parecía una trampa inminente, hasta la juventud, que alborotaba las pocas cosas que tenían asimiladas y, en ambas edades, ese contrapeso de la amistad y la comprensión, más generosa siempre en lo que asumía Sauro.

—Es que no es algo que se pueda contar como si sucediera o lo hubiese soñado, en cualquier caso se me nubla la cabeza o lo que siento parece no tener nada que ver con lo que pasa, estoy más confundido que asustado, pero qué quieres que te diga.

Sauro se encogía de hombros y Calvero parecía avergonzado, como si lo que intentaba confesar al amigo tuviera que ver con los sentimientos desconcertantes de la ya olvidada adolescencia, cuando guardaban silencio y se miraban sin la mínima capacidad para aclarar lo que hubiese sucedido, con frecuencia un altercado en casa o un malentendido amoroso del que en uno u otro caso pudieran sentirse culpables o, al menos, con la mala conciencia de quienes no administraban bien lo que pasaba, el desvío de algunas intenciones o el mal humor que no tenía justificación.

2

—Nos estamos echando a perder... —solía decir en aquel tiempo Calvero— como si fuéramos bobos y no nos oliéramos de la tostada. Nadie en casa me mira como yo pienso que debieran hacerlo; todos, igual mis padres que mis hermanas, me tienen enfilado, como si quisieran echarme mal de ojo.

—La que más me gustaba de nuestras amigas —incidía Sauro, que sobrellevaba con más pesar el desorden de los amores platónicos y la sobrecarga de los malos pensamientos— es ahora la que menos me importa, estoy de ellas hasta el gorro. Pero la que menos me gustaba me tiene cogido por los pelos y te juro que no me aguanto, es ella la que ahora lleva la batuta.

Nunca habían dejado de tomar café en el Céspedes cuando volvían a encontrarse en Ordial, coincidiendo en algunos de los viajes que lo facilitaban y de los que se mantenían informados.

Calvero tenía su despacho de abogado en Ofema, donde se había casado, y Sauro vivía en Celesta dedicado al negocio de las pieles, viajando mucho a los países de sus importaciones, y muy apegado al hijo único que compartía su viudedad.

3

—El cáncer de Cati —le dijo a Calvero la primera vez que volvieron a verse en el Céspedes, tras el entierro en Celesta al que habían asistido los viejos amigos de la adolescencia y de la juventud— era como una amenaza que yo sentía desde que nos casamos, ya ves qué cosas. Nada lo pronosticaba, ni el más mínimo indicio. Era como el resultado de una pesadilla, un sueño venenoso.

—Siempre me asustan los presentimientos... —musitó Calvero en aquella ocasión— y no veas lo penosos que me resultan a veces. Tienes que levantar el ánimo, no hay otro remedio.

—Ese cáncer tuvo el aviso correspondiente... —reconoció Sauro pesaroso—. El mal sueño lo corroboraba, pero también la amenaza de otras cosas, lo que me sigue amargando la existencia. Como si fuera alguien amenazado, al que se la tienen jurada, que corre el peligro de que le pase algo malo, no ya otro cáncer, cualquier contrariedad.

—Puede serlo en la proporción en que yo me siento perseguido, aunque de estas cosas jamás hablamos antes, aunque las sintiéramos, lo que es posible... —contestó Calvero en aquella ocasión, sin que en el Céspedes se percibiera otro sonido que el de la conversación de los dos amigos en la barra, tras el abrazo todavía luctuoso del primer encuentro tras el fallecimiento y entierro de la mujer de Sauro.

4

La amenaza que se entreveraba en los sentimientos más dolorosos de Sauro tenía, de esta forma, una extraña suerte de continuidad con la persecución a la que se refería Calvero, sin que en su caso el sentimiento que de ella derivaba surtiese efectos parecidos; lo suyo suscitaba una corriente de temor que llegaba a evidenciarse con el miedo que en ocasionales circunstancias le atenazaba, cuando el perseguidor tomaba la extraña densidad de una suplantación, alguien que se apoderaba de él, lo secuestraba, le hacía perder la conciencia de sí mismo y hasta lo abocaba al desvanecimiento.

—No sé cómo fue exactamente nuestro pasado... —dijo Calvero en otra ocasión, bastante antes de su casamiento, cuando estaban en el Céspedes, después de haber compartido un rato con los viejos amigos, de nuevo aprovechando un viaje a Ordial—. No tengo un recuerdo no ya de los sucesos del mismo, sino de lo que pudieran significar tantas cosas, lo que llegamos a pensar, lo que sentimos, las emociones más agradables, los disgustos o hasta las pequeñas desgracias. Es como si lo desconociera o me lo hubieran robado.





—No lo sé... —constató Sauro, que tenía la copa de coñac en la mano y no parecía decidirse a beberla, como si el regusto leñoso del licor le suscitara una aversión que provenía de otras ocasiones, cuando el exceso de la bebida le producía ardor y los pensamientos se disipaban en el malestar, como si el estómago fuera el resorte para anular la claridad de sus ideas o reducir su mente a la repetición casi incoherente de las mismas—. No lo puedo asegurar. No sé si me ocurre lo mismo, tal vez algo parecido. Ese pasado que, dices, tiene tantas sombras como dudas, pero hay muchas cosas que siguen siendo muy reales, y algunas me llenan de zozobra, igual que otras me dejan el regusto de un placer que no es precisamente el coñac quien más me lo facilita. Yo bebía demasiado y, en buena medida, fue el coñac el culpable de mis úlceras.

—Tus úlceras y mis cavernas pulmonares, dos achaques para sentirnos tocados cuando los demás no se andaban con chiquitas ni miramientos y sin ningún desgaste, mientras que nosotros los secundábamos hechos polvo. Eramos dos coches averiados, eso sí lo tengo presente, las reparaciones que necesitamos para la puesta a punto.

—Le damos vueltas a lo mismo... —dijo Sauro, tras poner la copa en la barra sin dejar de mirarla— y a veces ni siquiera me entero de lo que estamos hablando. No sé si no son los sueños lo que más nos perjudica, si hemos soñado más de lo debido o de mala manera. Si te soy sincero, nunca aparece Cati en mis sueños, ni el cáncer, ni la mala suerte. El sueño corroboraba la enfermedad, es cierto, la pesadilla que reconvierte lo soñado en algo venenoso, pero siempre se trata de una amenaza, de un terror a cruzar la calle o a asomar a la siguiente esquina. Las úlceras son el miedo de ese pasado, pero estoy operado de ellas, me libré de los ardores, me las quité de encima, aunque sea el coñac quien me las recuerda, y esta copa voy a beberla aunque la esté mareando.

—Hay alguien... -dijo Calvero con una sonrisa irónica—, hay algo, no sé si lo compartimos aunque sea de distinta manera, yo apenas sueño, ni recuerdo haber tenido jamás una pesadilla. Estoy en manos de quien puede engañarme o hacerme daño. Alguien se metió en mis cosas sin que yo lo advirtiera y, si esto sigue así, acabará metiéndoseme en mi cama.

5

En los tres meses que faltaban para casarse con Veridia las sensaciones de la persecución se multiplicaron y Calvero, que llevaba un tiempo sin noticias de Sauro, se sentía más desamparado que nunca.

Fue en esos tres meses, hasta el mismo día de la boda, a la que Sauro no pudo asistir aquejado de una enfermedad contagiosa que le comunicó su hijo, ya que estaba hospitalizado y en una situación clínica de aislamiento absoluto, cuando Calvero constató, en sucesivos desvanecimientos, siempre en situaciones en que estaba solo, sin testigos que pudieran advertirlo, que no regía por sí mismo, que alguien habitaba en su interior produciéndole un trastorno que lo alejaba de sus actos y pensamientos habituales, como si su existencia se hubiera trastocado y solo de cuando en cuando recuperara una conciencia suficiente, que precisamente incrementaba su desamparo, una suerte de vacío que lo inutilizaba.

La última persona a quien se le hubiera ocurrido contar lo que le estaba sucediendo sería Veridia, quien, curiosamente, no observaba nada extraño en él, antes al contrario, lo sentía más próximo y entregado, como si el amor fuese madurando hasta un extremo de ternura que se intensificaba según se acercaba la fecha de la boda, manteniendo Calvero un continuo entusiasmo ante los preparativos, que a ella tanto le ilusionaban.

—No sabes lo contenta que estoy, lo feliz que me haces al verte tan interesado por todos los detalles. Me encanta que seas tan comprensivo con mis caprichos.

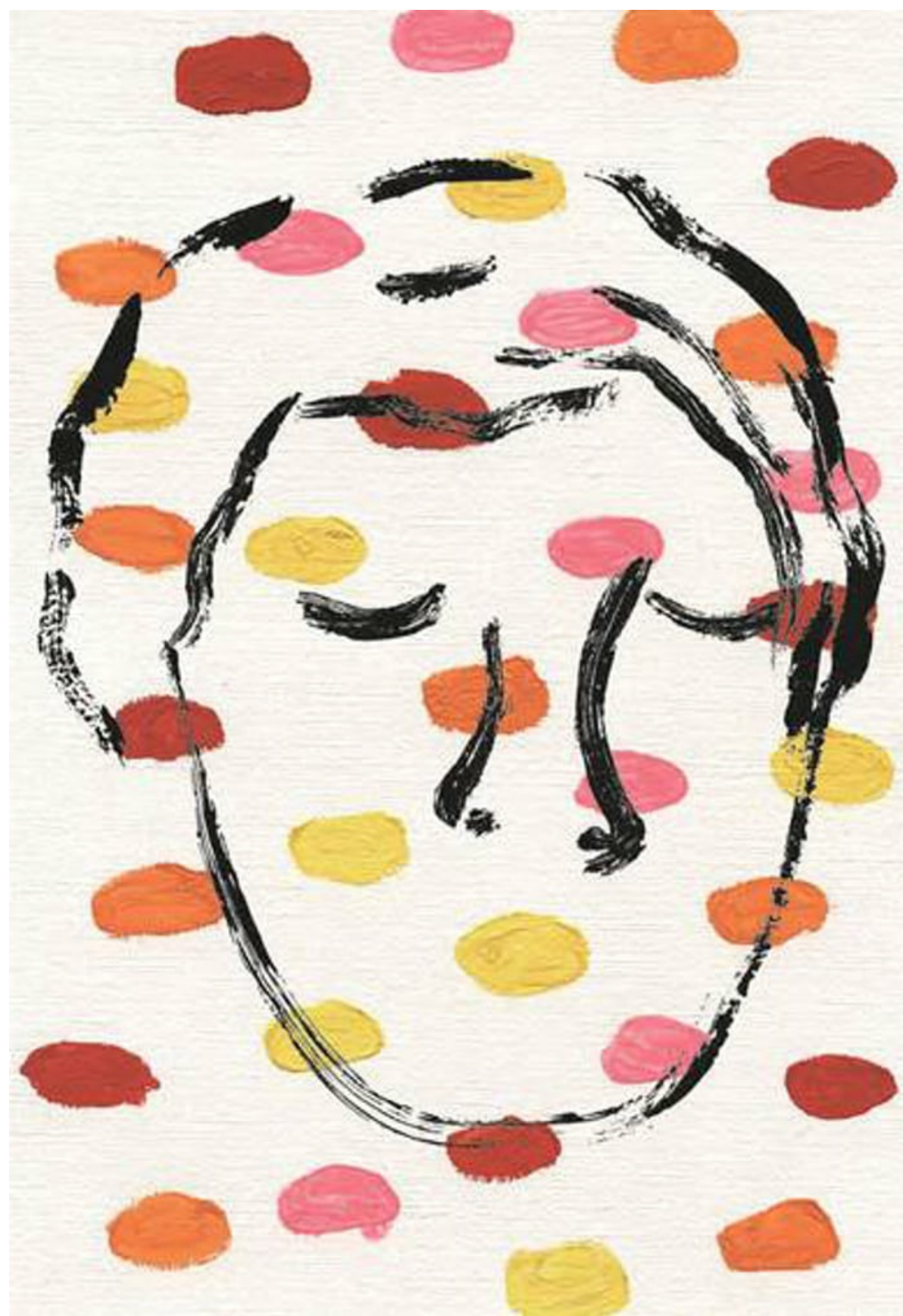
6

La enfermedad de Sauro tuvo un final inesperado, lo más parecido a una curación milagrosa, cuando ya en el límite de su aislamiento, sin que los especialistas que lo atendían lograran ponerse de acuerdo en un diagnóstico, decidieron reducir las atenciones a una mera observación, que en seguida redujo los cuidados.

Le dieron de alta.

La salud de Sauro no tenía otra explicación que la de un cambio tan inesperado como imprevisible, al que quienes le habían atendido no encontraban razón alguna, pero que resultaba evidente y asombroso, y acaso lo único que venía a corroborar era el indicio de la típica enfermedad misteriosa, contraída en alguno de sus viajes comerciales, si podía aventurarse que en esos viajes había encuentros remotos, transacciones en lugares extraños de países sanitariamente precarios, siendo el negocio de las pieles, sus importaciones, un negocio que le requería estar ausente varios meses.





Calvero casi se había olvidado de él.

En Ofema, donde su despacho de abogado le servía para mantener el tono rutinario de una existencia venida a menos, el tiempo se reconvertía en una sustancia tan incolora como insípida y nada en la atmósfera de la ciudad detallaba otro acontecimiento que el de las estaciones subsumidas unas en otras, sin más solución de continuidad que la del ánimo disuelto en el día a día de quienes la habitaban, y en la lepra que horadaba la piedra de los monumentos, con la mínima herencia de un pasado histórico tan legendario como arruinado.

Sauro fue a verlo mucho tiempo después.

Le llamó por teléfono y se presentó en Ofema sin que en Calvero suscitara ningún interés, apenas el educado aprecio de saber algo de él, la sorpresa de un encuentro en nada comparable a los del Céspedes de Ordial, cuando en sus confidencias había un recuento de cosas que les concernían o inquietudes que necesitaban exponer, con el reconocimiento de alguna extraña correspondencia en sus vidas, algo que podría alentarles o incrementar el mutuo desconcierto.

7

Se vieron en la terraza de Los Contables, desde donde las vistas del Margo, que parecía llevarse el sur de Ofema en las aguas que se desparramaban anegando las choperas, habían perdido el brillo de la antigüedad y eran como el cristal sucio de las ventanas que nadie abre.

Sauro había recobrado con la salud una vivacidad que movilizaba su cuerpo y agrandaba su sonrisa, mientras Calvero estaba abrumado, casi temeroso al sentir su abrazo e indeciso al aceptar los coñacs que su amigo pedía, asegurando que había vuelto a beber sin cortapisas, convencido de que una buena copa era como una buena noticia, sin que las úlceras tuvieran ya vela en este entierro.

—Fue el diablo el que estuvo haciendo de las suyas sin que nosotros lo supiéramos... —comentó Sauro divertido, cuando Calvero acercó la mano a la copa y, antes de cogerla, sintió que algo rebullía en su interior, el latido de un cuerpo extraño, el coletazo de un ser tan esquivo como despiadado que llevaba un tiempo sin padecer.

—Las cosas me van mal... —dijo Calvero, cuando Sauro dejó de hablar, tras el recuento minucioso del tiempo que llevaban sin verse y el destino de su enfermedad, además de los éxitos académicos de su hijo y la nueva vida que pensaba exprimir al máximo, sabiendo que al pasado no hay que hacerle demasiado caso y que el futuro no merece la pena, brindando de nuevo con la copa y expandiendo la sonrisa satisfecha.

—Fue el diablo, el puto diablo... —repitió Sauro, antes de caer en la cuenta de lo que acababa de decir Calvero y de su gesto de disgusto y amargura, como si le hubiese transferido alguna de las viejas úlceras, la más dolorosa.

—Veridia me dejó... —musitó Calvero—. El matrimonio fue un fracaso,

desde la misma boda. La verdad es que no me parece haberme casado con ella, a pesar de la ilusión que le hacía. Hubo otro por el medio. Nunca fui yo mismo.

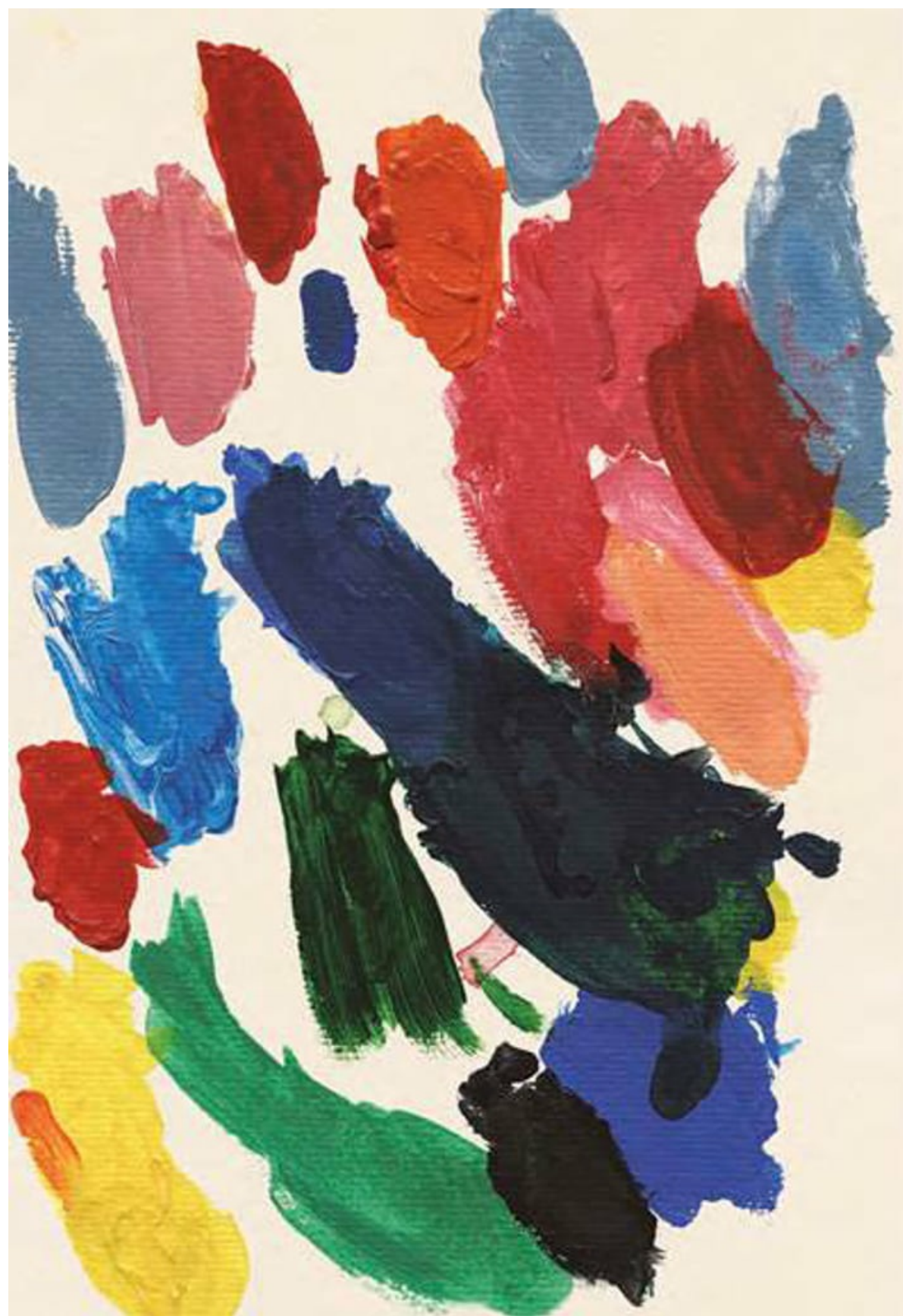
8

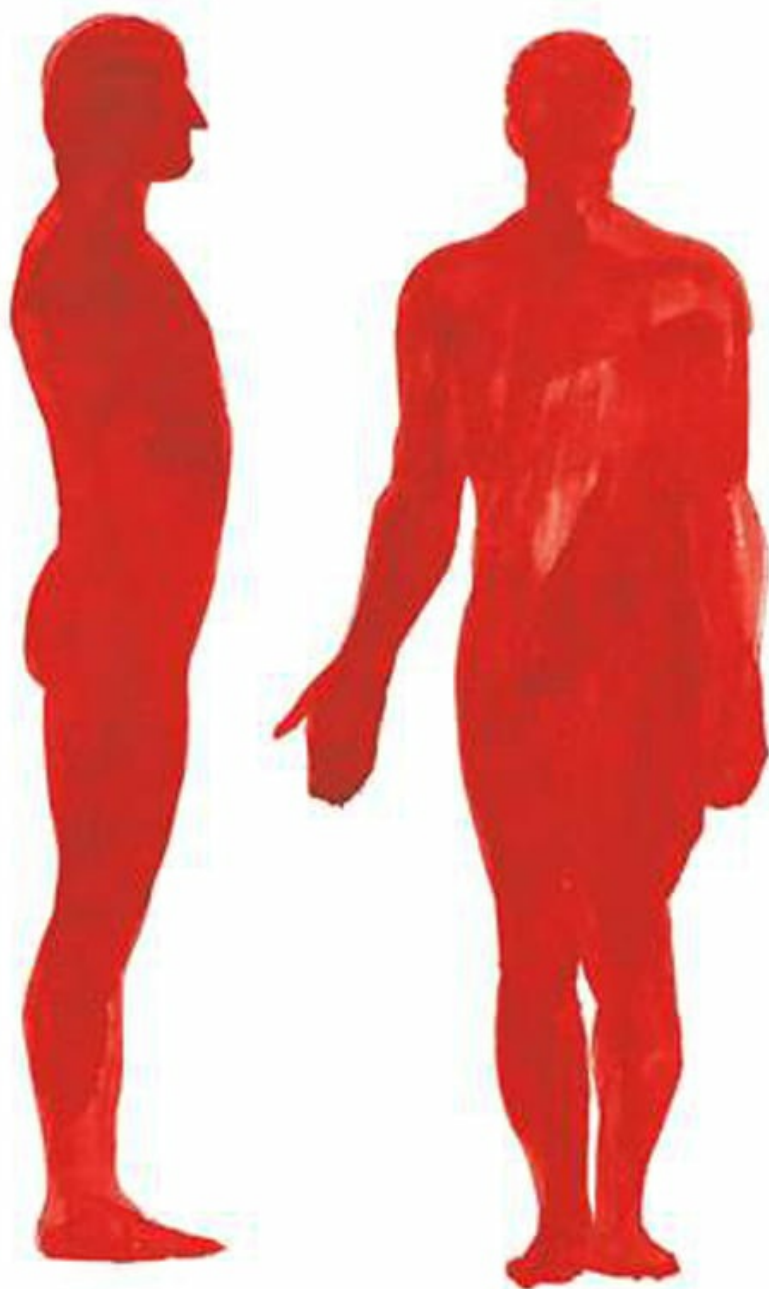
Sauro le miró corrigiendo la sonrisa, arrepentido de haber hablado tanto, sin poder evitar citar otra vez al diablo y lo que suponía hacer una de las suyas, que bien podía ser jugar una mala pasada, lo que las penalidades y agravios que los malos sueños justificaban en las amenazas y malos presentimientos, casi en lo que podrían llegar a considerarse bromas macabras.

—Me refiero al diablo para poder echarle la culpa a alguien... —dijo Sauro, sin decidirse a acercar la copa a los labios—. Lo que pueda comprenderse, lo que tenga alguna explicación que sirva de algo, no sé ni lo que digo.

—El despacho voy a cerrarlo, ya no tengo ganas ni clientes. Nunca llevé bien los asuntos, las demandas, los recursos, los plazos, todo con descuido y desorden. No soy el licenciado que puede ejercer, hay otro que ni siquiera debe tener el título, si hago cuenta de los pleitos perdidos.

Las aguas del Margo se llevaban la mirada de los dos amigos y ni Sauro ni Calvero hicieron el esfuerzo de recobrarla, como si las aguas apuraran la necesidad de un silencio que acentuaba su lejanía, el residuo de lo que alguna vez habían compartido, el secreto de las emociones y los sentimientos adversos, la amenaza de lo que, al fin, en vez de un atentado fue un alivio para Sauro, al recuperar la salud y la confianza en la vida, o la desolación final en que Calvero se veía sumido, cuando ya se sentía despojado de todo, encaminado a la perdición de ni siquiera ser él mismo, de percibir hasta el maltrato de quien lo reemplazaba.





—Era hablar por hablar... —dijo Sauro, que parecía arrepentirse del reencuentro con Calvero, al constatar que su optimismo de nada iba a servirle, muy al contrario, a lo que contribuiría sería a ahondar su angustia, ya que el contraste de la situación de ambos era perjudicial y, lo que resultaba peor, removía el pasado con la confusión de sus obsesiones e inquietudes.

—No nos sucedía lo mismo... —musitó Calvero, sin que su mirada sobre las aguas del Margo paliara lo que en su interior continuaba rebullendo, una palpitación tan brumosa como turbia que le incitaba a perderse en su curso, a buscar lo que en él, más allá de los meandros, pudieran haber encontrado los ahogados con que el río abastecía las correspondientes desapariciones que una Ciudad de Sombra como Ofema necesitaba, para que el equilibrio entre los vivos y los muertos no alterase las razones de unos y otros.

9

Sauro asintió y observó su copa de coñac vacía.

—No somos iguales, es verdad... —dijo— y tampoco el diablo, perdona que vuelva a mencionarlo, pero es que reconozco su jugada y hasta me he congraciado con él, nos trata del mismo modo. A mí ya me dejó en paz de la mejor manera, pero a ti, por lo que cuentas, no quiere soltarte.

Calvero intentó sonreír sin conseguirlo, sin apartar la mirada de las aguas que se inmovilizaban en la lejanía, donde se acumulaban el mayor número de ahogados, que en las estadísticas eran más pobres que ricos, más hombres que mujeres y de igual número en la juventud que en la edad madura.

—Tienes que hacer una cosa... —dijo Sauro, a quien el río comenzaba a molestarle, como si la corriente contuviera un desorden de malos presagios—. Deja Ofema, cierra el despacho, olvida lo que fuiste o dejaste de ser, hay muchos sitios que merecen la pena, otras cosas, otra vida.

—¿Y el diablo...? —quiso saber Calvero, retomando la broma de Sauro, sin que su mirada percibiera otra cosa que los ahogados en la lejanía de las aguas.

—Está en el infierno, no hagas caso de mis bobadas.

—Me acunaba de niño... —musitó Calvero—. Iba conmigo cuando menos lo necesitaba pero, aun así, me echaba una mano. Vino a mi boda. Me puso el despacho.

—Entonces, aunque todo te haya ido mal, tienes que estarle agradecido.

—Si me voy de Ofema, te daré mi dirección... —prometió Calvero, y Sauro supo que no sería verdad, que cualquiera de las mentiras que habían compartido en los años juveniles, cuando las verdades resultaban con frecuencia muy dolorosas, tenía más solvencia que aquella, ya que Calvero no

iba a sacar la cabeza a flote como podían hacerlo en sus sueños algunos de los ahogados del Margo, no iba a moverse ni volvería a contestar a sus llamadas, no tenían nada más que decirse.

Lo que cualquier Ciudad de Sombra supusiera en sus vidas igualaba los secretos de otros tantos que las habitaban, sin que ninguno llegara a esclarecer el sentido de su destino, aunque todos sabían que el diablo bajaba con frecuencia a ellas, les quitaba las novias, engañaba a las esposas, contrariaba a los hijos, enfrentaba a las nueras, hacía quebrar los negocios y las ilusiones y, hasta algunas noches, subido a la torre de la Colegiata, cuando ya el Margo se había helado, esparcía entre los copos de la nieve que anegaría la ciudad una mezcla de estupefacientes que ayudaría a hibernar a los dormidos, reservándose siempre, para su entretenimiento, a los pobres de espíritu que, como Calvero, apenas lograban conciliar el sueño y sobrellevaban despiertos las pesadillas que acarrea la vida a quienes tienen tantas dificultades para vivirla.

—No éramos nosotros, es verdad... —dijo Sauro cuando aquella tarde abrazó a Calvero para despedirse—, pero yo te engañaba, le había vendido el alma al diablo para no perder la salud y tú eras el perjudicado, el amigo al que debía sacrificar, ya que el diablo tiene esas exigencias.

GENTE QUE CONOCÍ EN LOS SUEÑOS



Las cuatro historias de GENTE QUE CONOCI EN LOS SUEÑOS tienen el común denominador de una mezcla de irrealidad y fantasmagoría y, en tal sentido, algunas secretas revelaciones de lo que nos sucede e inquieta más allá de la vigilia, donde existen habitantes que se nos pueden aparecer además de ser como nosotros mismos. Las historias tienen tonalidades de ensoñación y delirio y hay, entre esa gente, seres desnortados en su experiencia espiritual, muertos que van y vienen, fantasmas profesionales o amigos del diablo. No son las primeras historias de fantasía y misterio que podemos encontrar en un

autor como Luis Mateo Díez tan proclive a romper la delgada línea de lo real y lo irreal.

LUIS MATEO DÍEZ
(Villablino, León, 1942).

Licenciado en Derecho y funcionario jubilado del Ayuntamiento de Madrid, en 2000 Luis Mateo Díez fue distinguido con el Premio Leonés del Año y en 2014 fue nombrado doctor honoris causa por la Universidad de León. Entre los galardones que ha recibido figuran el Premio Café Gijón por Apócrifo del clavel y la espina (1972), el Premio Ignacio Aldecoa por Cenizas (1976), el Premio Nacional de Narrativa (1987 y 2000) por La fuente de la edad y La ruina del cielo —con las que obtuvo también el Premio de la Crítica.

MO GUTIÉRREZ SERNA

1967

Doctora en Bellas Artes, en la especialidad de Pintura, por la Universidad Complutense de Madrid, ciudad en la que reside, tras dejar Santander. Hasta el año 2000 trabaja como artista plástica y, desde entonces hasta la actualidad, se dedica a la creación e ilustración de libros. Ha ilustrado alrededor de 40 libros, algunos escritos también por ella, para las más importantes editoriales españolas, Asia y América Latina. Su obra se ha expuesto en numerosas ocasiones y su trabajo ha sido reconocido con importantes premios de Ilustración.

Las cuatro historias de *Gente que conocí en los sueños* tienen el común denominador de una mezcla de irrealidad y fantasmagoría y, en tal sentido, algunas secretas revelaciones de lo que nos sucede e inquieta más allá de la vigilia, donde existen habitantes que se nos pueden aparecer, además de ser como nosotros mismos.

Las historias tienen tonalidades de ensoñación y delirio y hay, entre esa gente, seres desnortados en su experiencia espiritual, muertos que van y vienen, fantasmas profesionales o amigos del diablo.

No son las primeras historias de fantasía y misterio que podemos encontrar en un autor como Luis Mateo Díez, tan proclive a romper la delgada línea entre lo real y lo irreal, pero sí algunas de las que con mayor intensidad y belleza nos ofrecen esa exploración en un más allá que está a la vuelta de la esquina.

